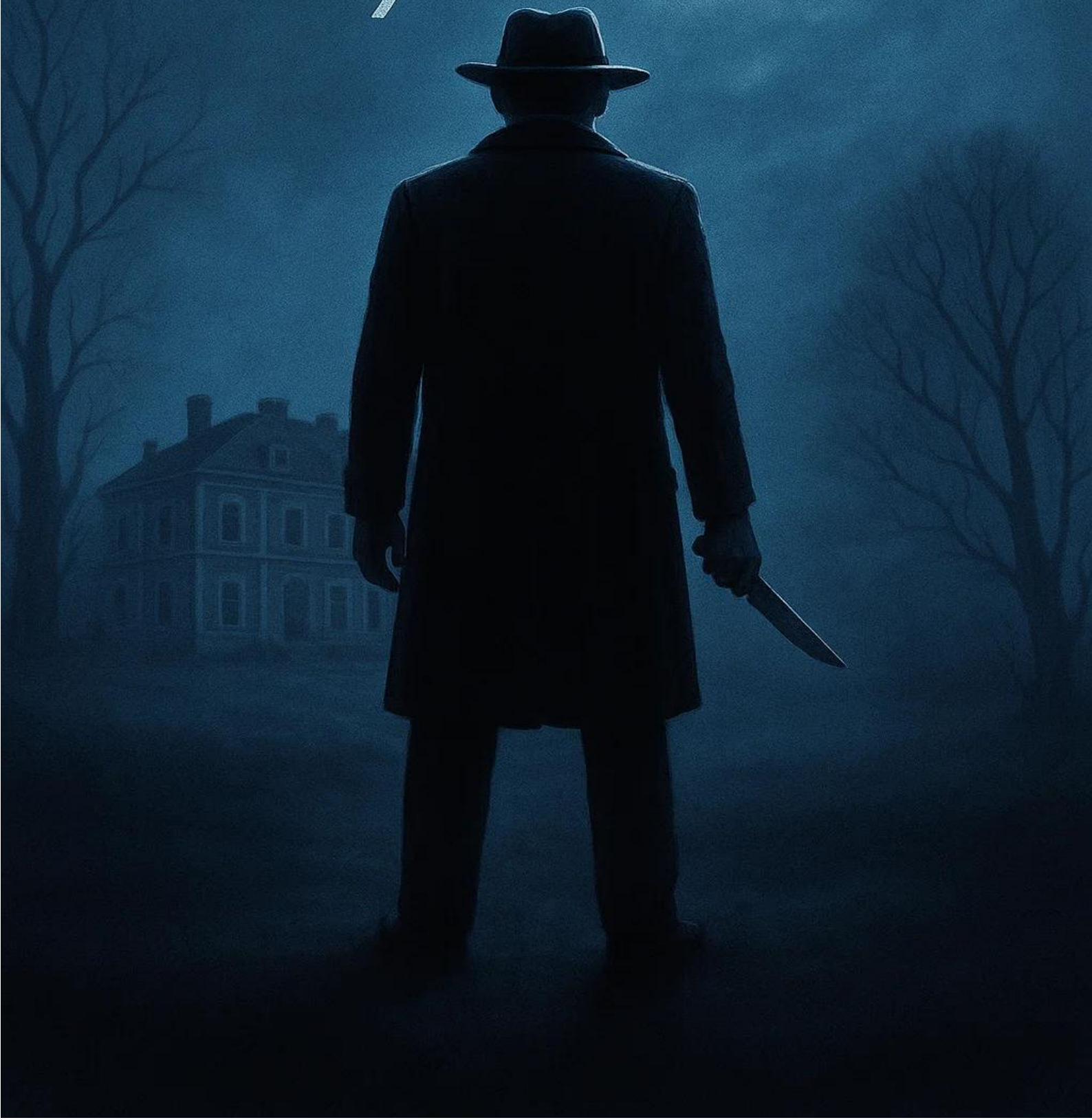


Las sombras del pasado



Índice

CAPÍTULO I	1
CAPÍTULO II	6
CAPÍTULO III	14
CAPÍTULO IV	17
CAPÍTULO V	19
CAPÍTULO VI	21
CAPÍTULO VII	25
CAPÍTULO VIII	28
CAPÍTULO IX	30
CAPÍTULO X	34
CAPÍTULO XI	37
CAPÍTULO XII	41
CAPÍTULO XIII	43
CAPÍTULO XIV	45
CAPÍTULO XV	51
CAPÍTULO XVI	54
CAPÍTULO XVII	61
CAPÍTULO XVIII	63
CAPÍTULO XIX	67
CAPÍTULO XX	74
CAPÍTULO XXI	83

CAPÍTULO I

Año 1960. El Shaton, convertido en refugio para artistas y gente jubilada de la farándula y el espectáculo, se convierte en una trampa mortal para algunos de sus residentes.

Situado en un pequeño pueblo Bishopbourne, cercano a Canterbury, se encuentra presidiendo una elevada y frondosa colina, el hotel que antaño fuere una gran mansión propiedad de un acaudalado Lord inglés.

De estilo colonial, la casa posee diez hectáreas para uso y disfrute de sus inquilinos. Reconvertida en una casa de salud, posee aguas termales, piscina cubierta de agua caliente y fría, un jardín botánico, un solárium, servicio de restaurante, piano-bar y sala de teatro.

A sus glamurosos residentes no les gusta la idea de estar en una residencia, de modo que los servicios residenciales se ofrecen en el último piso del complejo. Tan solo en esta planta se utiliza uniforme sanitario.

Nada más entrar por sus grandes y esplendorosas puertas giratorias acristaladas, nos encontramos con un grandísimo y refinado mostrador de madera noble tallado delicadamente.

En el interior podemos apreciar un estilo clásico con largos pasillos con suelo de mármol a ambos lados del mostrador, grandes alfombras persas, cortinones púrpuras con ribetes dorados, magnas palmeras de un color verde intenso, plantadas en hermosos jarrones del lejano oriente exquisitamente decorados y ascensores dorados que, dan al lugar un aire nostálgico y elegante.

—Hola Pierre, buenos días.

Monsieur Pierre, era un escritor poco constante, sin mucha fortuna, aunque con un superventas; con altibajos emocionales y una falta de inspiración crónica que, según decía él, gracias a una pequeña herencia familiar, había podido reservar en el exclusivo centro de salud Shaton.

—Buenos días, señorita Dorothy. ¿Qué tal ha dormido hoy?

—Estupendamente. Me cambiaron el colchón y he dormido como un bebé.

Se sonrió tapándose parcialmente los labios con la mano.

—Me alegro mucho por usted. ¿Me quiere acompañar?

Pierre estaba desayunando en la hermosa y trasnochada terraza del bar del Shaton.

—Claro, con mucho gusto.

—Permítame.

Pierre retiró cortésmente la silla para que Dorothy se sentara.

Iniciaron una conversación intrascendente.

—¿Ha visto hoy a la señora Harper? —. Dijo Dorothy.

—Llevaba el maquillaje peor que nunca. Ja, ja, ja.

Solo de pensarlo se le caían las lágrimas.

—Se ha pintado los labios de un rojo intenso ¡y se ha salido de la línea! ¡parece un mapa de carreteras! Ja, ja, ja.

Se reía a carcajada limpia. A la señorita Dorothy le gustaba reírse de los demás cuando estaban en sus momentos más bajos.

—No sea mala, Dorothy —. Decía Pierre mientras se reía con sorna.

Pierre había sido un escritor de pequeños éxitos y grandes fracasos. De personalidad tranquila, narcisista y un poco cínico.

Tuvo muchos escarceos amorosos en su juventud, de los cuáles, unos cuantos resultaron en embarazos e hijos ilegítimos, que jamás serían reconocidos.

En los años cuarenta se llegó a rumorear sobre sus tratos con los bajos fondos. Se decía que estuvo presente en algún que otro ajuste de cuentas. Estuvo en el punto de mira de la policía, incluso fue interrogado como testigo de un crimen en el que supuestamente estaría al corriente del paradero de una posible víctima.

Al parecer se extralimitaba en su labor de investigación y documentación. Eso le trajo mala fama y por un tiempo le cancelaron trabajos y contratos.

Estuvo unos años abusando del alcohol. Se rehabilitaría a tiempo para alcanzar un último éxito.

Mientras tanto, Melisa Gardner, otra residente, exitosa actriz caída en desgracia, se había quedado anclada en el pasado, antes de la pérdida de su hijo y de su adicción al alcohol.

Se pasaba horas en la biblioteca, delante de una chimenea apagada, con una copa de coñac en la mano adoptando poses dramáticas, añorando tiempos más felices.

Entró un empleado del hotel, sacándola de su mundo.

—Señora Gardner, tiene usted una llamada.

—¿Quién es Rodolfo?

—No ha dado ningún nombre.

—Está bien, pásamelo.

—Sí, señora.

—¿Aló?, ¿quién es?

—Soy tu sobrino predilecto.

—¿Johny?, ¿eres tú?

—Sí, tía Melisa. Estoy por la zona y he pensado en ir a visitarte.

—¡Claro, claro! ¡Qué alegría me das! Pero, dame tiempo para arreglarme, quiero estar guapa para ti.

Para Melisa, su imagen era lo primero. Ahora, con sus casi ochenta años, le costaba más sentirse bien consigo misma.

Llamó a recepción para solicitar una ayudante para vestirse. Los servicios de peluquería y maquillaje llegarían después.

Al cabo de cinco horas, Johny hizo su aparición.

—Hola tía Melisa ¿cómo te encuentras?

—Pues un poco más débil cada día que pasa.

—Ven Johny, siéntate aquí conmigo.

Johny se acomodó a su lado.

—Verás, tía, estoy pasando una mala racha con los negocios, nada importante, pero parece como si no acabaran de cuajar, ¿sabes?, el caso es que al principio funcionan bien y luego se tuerce el asunto. Estoy en averiguaciones para optimizar los recursos y que todo funcione correctamente, pero mientras tanto, tengo algunas deudas que debo subsanar de manera, más o menos urgente.

Si tú pudieras adelantarme algo de la herencia que me vas a dejar, me sería de gran ayuda. Necesito ese dinero ahora.

—¡No, no, no, no, de eso nada!

Melisa Gardner era una persona muy obstinada. Creía que le hacía un favor no cediendo.

—Si empezamos así, cuando fallezca no te quedará nada.

—Pero tía, necesito dinero. ¿Me harías un préstamo?

—Mi amor si no tengo una libra. —Le dijo mientras le atrapaba la cara cariñosamente entre ambas manos.

—Lo poco que recibo lo invierto en el hotel para mi sustento.

La cara de Johny cambió, se le notaba la desesperación. Veía que no iba a sacar nada de ese encuentro.

—Por favor, tía es cuestión de vida o muerte.

—Ala, ala, ¡qué exagerado!, se notan los genes de tu tía.

Johny era un jugador compulsivo y debía mucho dinero a personas muy peligrosas. Los beneficios que generaban sus negocios los dilapidaba en los casinos y casas de apuestas.

Se produjo un prolongado silencio. Melisa intentaba consolarlo quitándole importancia al asunto.

Su sobrino predilecto, sudado e impávido, con la mirada fija en su tía, fantaseaba, mientras su tía movía los labios, con agarrarla del cuello y estrangularla mientras la miraba a la cara. Se relamía solo de pensar en el terror en sus ojos.

—¡Johny!, ¡Johny! ¿me estás escuchando?

—Sí, tía, sí.

—Te has quedado ido.

—Oh, no es nada. Es solo que estoy algo cansado.

Viendo que no iba a sacar nada se despidió de ella con un beso en la mejilla y se marchó.

Cathy, Milie y Nancy, eran tres amigas, habían trabajado juntas en un teatro de variedades como bailarinas, dando el salto a la gran pantalla cuando los musicales se pusieron de moda. Las tres parecían “cortadas por la misma tijera”.

Delgadas, pelo corto y ondulado años veinte, cabellos teñidos, berenjena, moreno y rubio, con ropajes a juego.

Nancy era la más dependiente. Era bastante introvertida, solo se soltaba cuando actuaba.

Hace treinta y cinco años, tuvo la oportunidad de su vida. Un director importante contactó con ella para darle un papel protagonista.

Nancy estaba en casa enferma. En su camerino se encontraba Milie recogiendo algo que le había pedido Nancy. El director llegó y vio a Milie, una joven delgada, con curvas y muy bella. El director quedó prendado y Nancy perdió su oportunidad después de un par de horas de intimidad con Milie.

Nancy nunca olvidó su traición. Aun así, eran inseparables. No tenían familia, solo se tenían las unas a las otras. Las tres habían pasado muchas penurias y compartido alegrías. No se llegaron a casar ni a tener hijos.

CAPÍTULO II

En el Shaton se disfrutaba de un ambiente muy animado. Había gente en todas las zonas del hotel. En la recepción, en el bar, paseando por los jardines, en las piscinas.

Era un día soleado. Había muchas visitas y los residentes tomaban el vermut tranquilamente en las terrazas.

Llegó un nuevo inquilino. Portaba dos maletas y un baúl viejo. Se inscribió como Sir Charles Bomont.

Vestía un traje claro a rayas blancas muy finas, un sombrero panamá y unos zapatos de picado completo en tres colores, azul, burdeos y marrón y un pañuelo ultra planchado en el bolsillo izquierdo. Cabello canoso engominado y un generoso bigote blanco.

Miss Dorothy que pasaba por allí, le “echó el ojo”.

—¡Hoola! ¡Qué tal!

Se presentó Miss Dorothy dándole un repaso de arriba abajo.

—Buenos días, señorita.

Miss Dorothy se sonreía de forma coqueta.

—¿Es usted nuevo? No he tenido el placer de verlo por aquí.

Era un poco descarada.

—No, no. De hecho, acabo de inscribirme en el registro, acabo de llegar, como quién dice.

Mire, todavía tengo aquí el equipaje.

—Vaya, vaya. Pues espero que le guste la vida en el Shaton, a mí se me hace muy placentera. Y si quiere podríamos vernos esta noche para cenar y le explico el funcionamiento del hotel. Hay muchas cosas que se pueden hacer aquí. Espero que podamos hacer alguna de ellas juntos.

Se sonrió con una falsa timidez.

El botones llegó, recogió el equipaje de Sir Charles y se dispuso a acompañarlo a uno de los ascensores dorados del vestíbulo.

Sir Charles se despidió de Miss Dorothy a la vieja usanza.

—Ha sido un placer Miss Dorothy. Espero verla esta noche.

—Por supuesto. Ya estoy impaciente.

Ambos se sonrieron.

Miss Dorothy se encaminó hacia los jardines para dar su paseo matutino.

Cayó la noche. Los residentes se vestían con sus mejores galas para la cena. Un amplísimo comedor acogía a más de cien personas.

Lámparas de araña, cubiteras plateadas, cubertería dorada y centros de mesa con frescas y olorosas flores. Era un deleite para los sentidos. La velada la redondeaba el exquisito menú que sus comensales pudieron degustar.

Después de la cena, los residentes fueron abandonando el comedor. Algunos se desplazaban a la biblioteca para conversar y tomar una copa, otros se retiraban a su alojamiento y a otros se les podía ver en la terraza tomando un té.

Miss Dorothy y Sir Charles que, habían compartido mesa, se quedaron hablando. Ella se mostraba muy interesada. A Sir Charles sin embargo se le veía más comedido.

Se hizo tarde y se retiraron a sus aposentos.

Miss Dorothy encendió la luz y cerró la puerta tras de sí. Se quitó los zapatos lanzándolos y se despojó de su ropa mientras se encaminaba al cuarto de baño. Se dio una ducha y se preparó un güisqui. Sentada delante de su tocador, con su bata rosa de seda, hojeando las páginas de la prensa del corazón, vio cómo deslizaban una nota por debajo de su puerta.

Con cautela la recogió del suelo, en ella rezaba:

“Querida Dorothy, ha sido una velada maravillosa y me gustaría alargarla un poco más. Te espero a las doce de la noche en la biblioteca. Mi corazón arde en deseo por volver a verte. Siempre tuyo, Charles”.

Miss Dorothy suspiró de amor. Había sentido una conexión especial con ese desconocido desde el principio, desde que lo vio en el recibidor del hotel.

Emocionada empezó a arreglarse para la ocasión. Se pondría un vestido picante para deslumbrarlo y su mejor bisutería.

Con unas gafas oscuras y un pañuelo negro en la cabeza se encaminó hacia la biblioteca. Los pasillos estaban vacíos, solo quedaba el personal de noche. Todos los demás estaban durmiendo.

Una vez allí, asomando la cabeza por la puerta.

—¡Charles!, ¡Charles! — Susurró.

La sala era grande y apenas entraba luz de la luna por los grandes ventanales.

—¡Charles! — Elevó un poco el tono.

Viendo que no le contestaba nadie, entró. Volvió a llamarlo.

—¡Charles, no te escondas! ¿Estás juguetón? ¡Ya está aquí tu Dorothy!

Se adentró en la biblioteca. Nadie respondía, de pronto notó una presencia tras de sí. Unos brazos fuertes y firmes le pasaron un fino alambre alrededor del cuello y empezaron a apretar. Dorothy estaba siendo estrangulada. Intentó meter los dedos por algún posible hueco entre el alambre y su cuello, pero no lo conseguía, se rompió unas cuantas uñas en el intento; el alambre estaba bien ajustado y cada vez apretaba más. La sangre del profundo corte alrededor del cuello caía siguiendo la gravedad. Ella se retorció, pataleaba, no conseguía zafarse de la fuerza de aquel desconocido. Apretó con tanta fuerza que el alambre penetró en la piel y seccionó la yugular. Miss Dorothy dejó de moverse. Su cuerpo inerte sin vida lo depositó con tranquilidad en el suelo.

A la mañana siguiente, el sol reflejaba una escena tremebunda. Encontraron su cuerpo sentado en una silla de la biblioteca, con un tétrico collar de sangre alrededor del cuello, con los ojos bien abiertos e hinchados, la lengua fuera y, con una revista del corazón sujeta con ambas manos; las había unido con cinta aislante. Como si estuviera leyendo.

Era un espectáculo macabro.

Se avisó inmediatamente a la policía. Acordonaron la zona. El hotel quedó tomado. Llegó la inspectora Beatrice Fouller.

Desde la puerta de la biblioteca, antes de acercarse a la víctima echó una ojeada a todo su alrededor. De manera pausada se acercó a la zona de exposición. Mientras se colocaba los guantes hacía una inspección ocular.

—Buenos días ¿Quién la encontró?

—Uno de los empleados de la limpieza.

—¿Está por aquí?

—Le están tomando declaración inspectora Fouller.

—Muy bien, gracias.

Siguió revisando el cadáver, sin tocar nada, hasta que no viniera el equipo forense. Inspeccionó el resto de la sala y dedujo, por cómo estaba la escena del crimen, cómo sucedieron los hechos.

—Detective, ¿han revisado su habitación?

—Están en ello, inspectora.

La inspectora subió por las largas y sinuosas escaleras del hotel hasta la habitación de Miss Dorothy.

Al llegar le entregaron la nota que, Miss Dorothy había recibido esa fatídica noche.

—¿Se han llevado algo?

—Parece que no. Pero lo sabremos seguro cuando hablemos con su familia.

—Vale, gracias.

Bajó en el ascensor, comprobó si tenía cámaras. Preguntó en la recepción quién podría ser ese tal Charles. El recepcionista le facilitó el número de habitación del recién llegado inquilino. Se hicieron con las imágenes de todas las cámaras del complejo.

La inspectora Fouller y un detective llamaron a la puerta del señor Charles. Él abrió la puerta en pijama y restregándose los ojos.

—¡Pero qué horas son estas! —. Dijo casi balbuceando.

—Buenos días, somos la inspectora Fouller y el detective Mellows, tenemos que hacerle unas preguntas.

—¿Quieren pasar?, acabo de levantarme necesito lavarme la cara, aunque sea.

—Claro.

—Pasen, pasen.

—La inspectora y el detective entraron en la habitación y se acomodaron en una pequeña salita, mientras Sir Charles se aseaba en el baño.

—¿Un café?, ¿un té?

—Sí, gracias. Ambos aceptaron el ofrecimiento.

—Pues, ustedes dirán.

—Han matado a Miss Dorothy en la biblioteca del hotel y sabemos que usted fue la última persona en verla con vida.

—¿Qué? No puede ser. ¡Pobre mujer!

—Sí. Bueno, estuvimos cenando juntos, luego cada uno se fue a su habitación. Yo... me tomé una pastilla porque me cuesta conciliar el sueño y me quedé dormido.

—¿Está usted seguro?

—Claro, ¿por qué?, ¿no pensarán que yo tuve algo que ver? ¡Si acababa de conocerla!

—Hemos encontrado una nota —. Dijo la inspectora.

—¿Una nota?

—¿Cómo una nota?

—Sí, una nota escrita y firmada por usted.

—¡Yo no he escrito ninguna nota! ¡Estaba durmiendo!

—Le voy a pedir que escriba un texto y luego debajo ponga su nombre ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Le hicieron la prueba y no coincidían ni la letra ni la firma. Evidentemente podría estar disimulando, pero aparte de tomarle declaración no podían hacer nada más.

—Muchas gracias, señor Charles. Que tenga un buen día.

Sir Charles se despidió de los agentes con un apretón de manos.

La muerte de Miss Dorothy causó una gran conmoción en el hotel y más la manera en cómo se encontró el cuerpo. La noticia corrió como la pólvora. Algunos residentes jugaban a detectives intentando encajar las piezas. La secreción de adrenalina les resultaba

placentera. Un grupo reducido creó una mesa de trabajo donde comentaban lo sucedido y buscaban posibles sospechosos, empezando por la historia de Miss Dorothy:

—Hija de familia adinerada, nunca le faltó de nada.

—Ja, ja, ja, ¡te ha salido un pareado!

—Venga Dassie deja que Margaret continúe.—dijo Paul.

Margaret miró a Dassie con complicidad. Aclaró la voz y prosiguió.

—Fue a la Universidad, se formó como enfermera. Se casó joven y nunca llegó a ejercer.

Su marido era director de cine y así fue como Miss Dorothy entró en el mundo del celuloide.

No tenía talento para la interpretación. Sólo actuaba en las producciones que dirigía su marido y algún que otro anuncio de publicidad.

Ella, en su ego, se consideraba buena actriz. Miraba a los demás “por encima del hombro”. Era de trato difícil, caprichosa, malencarada, soberbia y narcisista.

Su marido le sacaba veinte años y ella estaba “de muy buen ver”.

Con voz misteriosa y acercándose a los tres contertulios que tenía delante...

—Una mañana la ambulancia se dirigió a toda velocidad al domicilio de Miss Dorothy.

Llamaron a emergencias denunciando un posible infarto. La persona al teléfono se mostraba nerviosa y compungida. Pedía ayuda para su marido. Cuando llegaron los paramédicos, Robert había fallecido por muerte súbita cardíaca.

—¡Ooooh! —. Respondieron a lo unísono.

—Robert tenía un hijo y una hija de un matrimonio anterior. Era un hombre muy querido, tanto por su familia como por la comunidad.

Había hecho muchos actos altruistas y ayudado a muchas personas.

Su muerte supuso un fuerte “mazazo” para todos. La vida ya no sería lo mismo sin él—. Aseveró en tono solemne.

—Margaret, espera un momento que tengo que ir al baño —. La interrumpió Brian.

El grupo asintió, llevaban mucho rato sentados sin moverse. Habían estado inmersos en la historia de Miss Dorothy.

—Yo también voy —. Dijo Paul, que se sumó a la petición.

Al final fueron todos. A su regreso Margaret continuó con la historia.

—Dorothy, al mes de fallecer su marido, se la empezó a ver con otro hombre.

—¡Oooh! — Se escandalizaron los tres.

—Al poco empezaron a vivir juntos en la misma casa donde vivió con Robert. Era la comidilla del barrio.

Al cabo de tres años, otra ambulancia llamaba a la puerta del mismo domicilio. Adam la nueva pareja de Dorothy, yacía muerto sentado a la mesa del comedor con la cara contra la mesa.

Dorothy explicó a la policía como habían sucedido los hechos.

La policía empezaba a sospechar de ella. ¿Dos muertes exactamente iguales?

La autopsia realizada a su primer marido no reveló ninguna causa de muerte violenta y en los análisis de sangre no había presencia de sustancias sospechosas.

La policía la interrogó al enterarse que un mes antes su pareja había firmado una póliza de seguros en favor de Dorothy de doscientas mil libras.

Al no tener pruebas para acusarla, salió de la comisaría como había entrado.

El grupo la escuchaba sin parpadear.

—Su último marido se llamaba George Brown, actor de cine. Éste desapareció sin más; nunca lo encontraron a él o a su cadáver.

Pasado un mes de la desaparición de George, Dorothy vació todas sus cuentas y se fue de vacaciones a Venecia. No se la veía muy afectada.

Todos aquellos que querían ver a Dorothy entre rejas, se manifestaban continuamente delante de su casa y le hacían pintadas con la palabra “asesina”, así que tomó la decisión de venir al Shaton a vivir.

—¡Oooh! Menuda historia —. Dijo Dassie.

Paul:

—¿Habrán querido vengarse?

Margaret:

—Podría ser, ¿no? Le había hecho daño a mucha gente..., supuestamente.

Brian:

—¿Y por qué esperar a que se mude al Shaton?, en su casa estaba más accesible.

Con esta incógnita, dieron por terminada la noche y se retiraron a dormir. Sabían que no iban a poder conciliar el sueño de la excitación.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente Beatrice Fouller entrevistó a la familia del primer marido de Dorothy. Empezó con su hija. Evidentemente le guardaba un clarísimo rencor a la persona que hacía responsable de la muerte de su padre y se alegraba de su muerte. Tenía una coartada sólida.

El hermano también tenía coartada y pensaba que se había hecho justicia divina.

Interrogaron a Pierre que era la persona con la que más tiempo pasaba, pero su relación era de amistad y se basaba en comentar frivolidades y criticar a todo aquel que se les pusiera “en el punto de mira”.

No encontraron amigos íntimos de la víctima que entrevistar; no forjó buenas relaciones.

Recibió una llamada de la forense. Tenía los resultados de las pruebas.

Beatrice llegó a la morgue.

Dorothy yacía en la mesa de autopsias, tapada con una fina sábana hasta el cuello.

—Buenos días doctora Taylor.

Le sonrió con familiaridad.

—Buenos días, Beatrice.

—Bueno qué tenemos por aquí.

Ambas se colocaron a ambos lados de la mesa.

—Bueno. Pues como era de esperar, —señalizó la zona del cuello—, la causa de la muerte es estrangulamiento. La víctima no tuvo ninguna oportunidad. La agarró por detrás y antes de darse cuenta ya tenía el alambre alrededor del cuello. Le seccionó la yugular.

Por la inclinación de la herida, yo diría que el asesino es corpulento y medirá entre un metro setenta y cinco y un metro ochenta.

En la pelea cayó tierra de un macetero que habían tirado al suelo, el asesino pisó la tierra y ahora sabemos qué pie calza, un cuarenta y cinco, pero la suela no tiene dibujo. Aunque te puedo decir que es un zapato que acaba en punta.

Por la falta de huellas, podemos estar seguros de que llevaba guantes.

Fíjate en la profundidad de la herida del cuello, estoy segura de que utilizó un garrote o algo similar.

La inspectora Fouller seguía atentamente las indicaciones de la forense.

—La víctima tiene piel debajo de las uñas, seguramente intentaría quitarse el alambre del cuello. Además de dos uñas partidas. Luchó ferozmente por su vida.

—¿Tenemos algo que nos sirva?

Pues, no tenemos fibras, ni huellas, ni cabellos en la escena del crimen, pero, la nota es otra cosa. Hemos encontrado una huella parcial. La hemos cotejado con la base de datos y no hay coincidencias. Por desgracia, no está fichado. Y a menos que me traigas un sospechoso...

—¿No te parece raro que deje una huella en la nota y sin embargo la escena del crimen esté limpia?

—Ah, y otra cosa, quién escribiera la nota es zurdo. La dirección de la escritura va de arriba a abajo.

—Vaya, pues ya puedo descartar a Sir Charles Bomont; cuando escribió la nota lo hizo con la mano derecha. Es diestro. Él no pudo ser.

Beatrice respiró hondo.

—¡Fantástico, pues empezaremos con lo que tengamos!

—Me han dicho que la víctima era sospechosa de matar a sus tres maridos. ¿Eso es cierto?

—Pues sí. Lo primero que uno pensaría es que los hijos de su primer marido, porque los otros no tenían descendencia, hubieran querido vengarse. Los he entrevistado y tienen coartadas.

Tengo a los detectives entrevistando al resto de familiares de sus otros maridos a ver si sacamos algo en claro.

Nos sobran sospechosos. Incluso se ganó muchos enemigos en su barrio. La gente la acusaba de los crímenes y se lo hacían saber.

—Parece un caso difícil ¿eh?

—Vaya.

—¿Vamos a tomar un té?, necesito despertarme—. Dijo la doctora Taylor.

—Para mí un café doble.— Le replicó la inspectora Fouller.

CAPÍTULO IV

Amaneció un bonito día. El Shaton era un hervidero de gente. Algunos jugaban al críquet, otros paseaban, otros disfrutaban de un aperitivo en la terraza y otros se bañaban en el fabuloso y anticuado balneario con techo de hierro forjado y cristal.

Thomas, residente también del Shaton, se encontraba en su habitación disfrutando de un buen libro. Se había jubilado hacía poco.

Sin esperárselo, de pronto se vio luchando contra un desconocido que estaba tapado de pies a cabeza.

No sabía lo que quería esa persona, pero no podía pararse a preguntárselo. Se defendía a puñetazo limpio. Thomas era una persona fuerte, y no era lo bastante mayor como para ser una presa fácil.

Forcejearon un rato. Thomas luchaba por su vida, aun desconcertado por la situación.

El atacante le golpeó la cara, Thomas respondió con un golpe en el estómago. El agresor se dobló. Vio un objeto contundente y golpeó a Thomas en la cara con todas sus fuerzas. Thomas quedó fuera de combate, aprovechando el criminal para tirarlo por la ventana.

Thomas despertó a tiempo para ver cómo caía irremediabilmente al vacío.

Un grito agónico antes de estrellarse contra el techo de hierro forjado y cristal del balneario, atravesándolo y cayendo a plomo en la piscina.

Gritos de horror, carreras precipitadas, ataques de pánico y mucha histeria. La gente salía a toda prisa de las instalaciones.

Llegó la policía, la jueza, los forenses, las ambulancias. Algunos residentes tenían cortes de los cristales desprendidos. Tuvieron que administrar oxígeno a aquellas personas que sufrieron ataques de pánico. El jardín del Shaton parecía un campo de batalla. Gente herida, carpas instaladas, ambulancias.

La inspectora Fouller, no daba crédito ¿Qué estaba pasando en ese hotel? Nunca había pasado nada y de repente dos terribles homicidios.

Después de la intervención del equipo forense sacaron el cadáver del agua. Presentaba múltiples hematomas, cortes y un fuerte golpe en el lado derecho de la cabeza, confirmando así que el atacante era zurdo.

Beatrice se fijó en las heridas de los nudillos, cosa que indicaba que había habido una pelea antes de caer por la ventana.

Como indica el protocolo, se hicieron las entrevistas pertinentes a todos sus conocidos, amigos, y posibles parejas sentimentales.

No dio sus frutos. Thomas no tenía enemigos. Caía bien a todo el mundo. Y no había nada en su pasado que hiciera pensar que alguien podría haber venido a ajustar cuentas.

Era todo un misterio. —«Y... ¿tenía algo que ver este crimen con el de Miss Dorothy? ¿Había alguna relación entre ellos o alguna persona que los conectara? Las vidas de Sir Thomas y Miss Dorothy, no podían ser más diferentes, no era probable que tuvieran algún conocido en común. Entonces «¿eran víctimas al azar en un coto de caza?»— La inspectora estaba confusa— «¿Podría ser un asesino en serie?»

Al final, después de investigar a fondo, llegaron a la conclusión de que no había ninguna conexión entre las víctimas. No había un motivo personal aparentemente.

Estaban como al principio, sin pistas y con un loco suelto por el Shaton.

CAPÍTULO V

Inspeccionaron la habitación de la segunda víctima. Estaba claro que había habido una lucha feroz. Muebles volcados, cristales rotos, cuadros movidos.

Para los investigadores no tenía sentido. Por qué alguien se colaría en la habitación de Thomas para matarlo.

Nadie vio entrar o salir a nadie de la habitación de la víctima ni antes ni después de la tragedia ¿Cómo lo había hecho el criminal para que nadie lo viera?

Registraron todo a fondo, pero no vieron nada sospechoso. Era otro callejón sin salida.

Pasaron las semanas. Todo volvió a la normalidad. La gente intentaba olvidar los terribles acontecimientos que tuvieron lugar y seguir con sus vidas.

Pierre se encontraba sentado en la terraza, su lugar preferido, cuando se le acercó Sir Charles.

—Buenos días, Monsieur Pierre.

—Buenos días, Sir Charles.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Me permite?

—Claro. Siéntese.

—Quería presentarme. Llevo poco tiempo en el hotel y no conozco a mucha gente. Vi que usted era amigo de Miss Dorothy. Yo también tuve el placer de conocerla. Y he pensado que quizás podríamos conversar un rato. Me aburro bastante.

—Claro ningún problema.

—Qué pena lo de Miss Dorothy.

—Ni que lo diga. Desde entonces me siento un poco solo. Era muy divertida.

—¿Me permite una pequeña indiscreción?

—Adelante.

—¿Usted y Miss Dorothy tenían... algún afer?

—No, no. Mi relación con ella era mera amistad.

—¿Y usted cómo ha acabado en el Shaton, Sir Charles?

—Oh, llámeme, Charles a secas.

Pues, yo siempre he sido un apasionado del cine. De joven quería ser actor, pero no tenía talento. Lo que se me daba bien eran los negocios. Así que decidí invertir en producciones cinematográficas. Al jubilarme, pensé, qué mejor sitio para vivir que el Shaton. En lo que me quede de vida, quiero estar rodeado de artistas y estrellas.

—Entonces ha venido al sitio adecuado.

—He oído que es usted escritor.

—En efecto.

—¿Qué tipo de libros escribe?, si no le importa que le pregunte.

—Me especialicé en asuntos de la mafia.

—Parece interesante.

—Lo era. Ahora ya no escribo.

—¿Me recomienda algún libro?

—Claro, por ejemplo “Las Vegas, riqueza y muerte”. Fue un superventas. Estoy seguro de que le gustará. Me pasé un año viviendo en Estados Unidos. Escribirlo fue muy emocionante y peligroso a la vez. Hay mucha labor de investigación detrás.

Pierre, en su relato, obviaba los detalles más escabrosos de su relación con la mafia.

—Bueno. Voy a dar un paseo que hace un día fantástico.

—Ya nos veremos.

—Estoy seguro de que sí.

Pierre se lo quedó mirando con desconfianza mientras se alejaba.

CAPÍTULO VI

—El cinco..., el cinco..., el cuarenta y uno, cuatro, uno.

—¡Línea!

—¡Han cantado línea señores! Vamos a hacer la comprobación...

La señora Harper estaba en racha. Llevaba cantadas tres líneas y dos bingos. Los demás participantes renegaban de su suerte. La señora Harper había tenido una vida muy interesante. Había sido una actriz muy sensual y había espiado para el gobierno inglés en la Segunda Guerra Mundial.

Ingresó en el hotel porque necesitaba atención asistida. Tenía un poco de demencia senil y no veía muy bien. Hoy tenía el maquillaje peor que nunca. Al verla, Pierre se sonrió con melancolía, pensando en las risas que se hubiera echado con Miss Dorothy.

La sala del restaurante estaba llena a rebosar de gente. El Shaton celebraba partidas de bingo todos los domingos por la mañana y el bote era bastante jugoso.

“El trío maravilla” también estaba allí.

Milie:

—Mirad a la señora Campbell. Pobrecilla, ¡qué gorda está!

La señora Cathy se reía con malicia.

—¡Milie no seas mala! —. Le recriminó Nancy, sin quitar ojo al cartón de bingo.

Cathy:

—Mirad, ¿esa no es la inspectora?

Milie:

—Sí, es ella. ¡Estará buscando al asesino!

Nancy:

—Qué miedo. ¡Pensar que hay un asesino por el hotel! Espero que lo cojan pronto.

Las otras dos estuvieron de acuerdo.

Cathy:

—¿Será un espíritu asesino? Dicen, que aparece y desaparece sin que nadie lo vea—. Dijo en voz baja temiendo que el ente la escuchara.

Las tres con cara de circunstancia, echaron un trago.

La inspectora Fouller se paseaba por el piano bar, por el vestíbulo, por el restaurante...; observando, preguntando y repartiendo tarjetas de visita.

Estaba segura de que, el asesino tenía que ser uno de los residentes. Alguien que se conociera bien el hotel, si no, ¿cómo podría entrar y salir sin ser visto? ¿Quién podría ser, un empleado, un inquilino, alguien de fuera?, pero ¿qué motivos podría tener? Las víctimas no tienen ninguna relación entre ellas, ni tienen a ningún conocido en común.

Decidió hablar con el barman.

—Buenos días—. Dijo la inspectora Fouller saludando al camarero.

—Buenos días ¿Desea algo?

—Soy la inspectora Beatrice Fouller.

Le enseñó la placa.

—Estoy investigando los crímenes acontecidos en el hotel.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Estos crímenes se han cometido de pronto, sin denuncias anteriores de altercados o cualquier otro problema, y seguidos, por lo que es muy extraño.

¿Usted ha podido observar algo raro en la conducta de alguien? ¿Alguna discusión que hayan tenido las víctimas con alguna persona?

—No, la verdad. Suele haber un buen ambiente. Como mucho, algún cotilleo, alguna burla, pero no pasa de ahí.

—Claro. Bueno si recuerda algo o ve algo sospechoso, llámeme a este número de teléfono—. Le entregó una tarjeta de visita.

—Gracias por su colaboración.

La inspectora se acercó a la zona de bingo. Observaba a todos y cada uno de los residentes.

—«Tiene que ser un hombre. Una mujer no hubiera podido estrangular a Miss Dorothy. Estuvo casi cinco minutos apretándole el cuello, imprimiendo una gran fuerza y desde una posición de altura. Y respecto la segunda víctima, forcejeó con él hasta tirarlo por la ventana. Hubo intercambio de golpes. Así que el asesino debe tener alguna herida, algún hematoma o algún signo de dolor».

A Beatrice a simple vista nadie le parecía sospechoso. Aunque había algunos candidatos que por altura y corpulencia podrían serlo, aunque no apreciaba heridas o golpes en ellos.

¿Qué motivos podría tener el asesino?

Se acercó a la mesa del “trío maravilla”.

—Buenos días, señoras.

—Buenos días, inspectora Beatrice—. Contestaron a la vez con un poco de retintín.

—Les he estado observando y me he fijado en que parece que conocen ustedes bastante bien a los residentes de este Centro.

—Hotel—. Dijo Milie, ofendida.

—Claro, hotel. Bueno como decía, me gustaría saber si han visto algo raro últimamente. Algún comportamiento extraño, alguien nuevo. Cualquier cosa, por pequeña que sea, podría ser la clave para resolver los crímenes.

Nancy:

—Yo vi, cómo Miss Dorothy salía de su habitación, ataviada con un pañuelo negro, y unas gafas oscuras.

—¿Un pañuelo negro? No lo encontramos en la escena del crimen. ¿Está segura?

—Totalmente.

—¿Vio si la acompañaba alguien?

—Iba sola.

Cathy:

—Vino un huésped nuevo, el mismo día en que comenzaron los asesinatos. Su nombre es, ¿cómo se llamaba?

Milie:

—Sir Charles, no sé qué.

Cathy:

—¡Eso!, Sir Charles, Sir Charles Bomont.

CAPÍTULO VII

En la biblioteca había un grupo muy animado de gente. Algunos leían libros, otros el periódico, otros charlaban animadamente.

Melisa Gardner se animó a jugar al bridge con tres compañeros más. Paul, Brian, y Margaret; Dassie tendría que esperar su turno.

De fondo una melodía de los años veinte salía de una antigua gramola. El ambiente estaba cargado. La gente disfrutaba del momento, bebiendo alcohol y fumando cigarrillos, rememorando viejos tiempos.

La noche se alargó hasta la una de la madrugada, momento en que se empezaron a retirar.

La señora Harper que, aunque tenía principio de demencia senil, todavía se valía por su cuenta y era una mujer muy activa, se quedó en la terraza un rato.

Melisa Gardner, que pensaba que estaba sola, se acercó a la apagada chimenea a acabarse los restos de coñac que le quedaban, mirando la hoguera que no ardía y repasando su vida en fotogramas.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando escuchó un fuerte ruido que provenía de la chimenea. Un ruido como de poleas y cadenas. Se retiró de la chimenea, caminando hacia atrás y sin quitarle ojo. Estaba intrigada y temerosa. Sin esperárselo la chimenea se desplazó hacia un lado. Su perplejidad era máxima. De dentro salió una persona con pasamontañas, guantes y vestimenta negra. Melisa se asustó mucho. Intentó huir hacia la terraza.

El asesino que no la esperaba salió corriendo detrás de ella. Cogió lo primero pesado que vio y le atizó en la cabeza. Melisa cayó al suelo desplomada. No se movía.

El asesino se fue por donde había venido. Los planes no le salieron como esperaba, pero seguía en la senda correcta para conseguir su objetivo. Antes de irse se hizo con las joyas de la víctima.

La señora Harper que escuchó el grito de la señora Gardner entró todo lo rápido que pudo a la habitación.

Al llegar, la vio allí tirada, en el suelo, con una gran mancha de sangre en la alfombra a la altura de la cabeza y un objeto romo al lado del cuerpo. Era una figura de bronce bastante pesada.

A la señora Harper se le escapó un grito mudo. Salió corriendo en busca de ayuda. Le faltaba el aire. El asesino podría seguir en el hotel. Podría darle caza y matarla a ella también.

El escaso personal de noche la auxilió y llamó a la policía.

A las tres de la mañana la noche se tiñó de rojos y azules de las sirenas de los coches de policía.

Acordonaron la zona. Esto ya se salía de lo normal ¿Cuántas personas más iban a morir?

¿Qué tramaba el asesino? ¿Por dónde accedía al hotel? ¿O ya estaba dentro? —Se preguntaban los investigadores.

Entrevistaron a la testigo.

—Buenas noches, señora Harper, soy la inspectora Beatrice Fouller.

—Buenas noches, la conozco—. Dijo con voz temblorosa. Se la veía afectada.

—¿Me puede explicar lo que vio?

—Yo estaba afuera, en la terraza, disfrutando de los olores de la noche; me relaja y me hace conciliar el sueño. Me quedé un rato cuando ya se habían ido todos, o al menos eso pensé. No sabía que la señora Gardner se había quedado en la biblioteca. Escuché un grito. Entré y vi a la señora Gardner tirada en el suelo al lado de un charco de sangre y esa figura de bronce en el suelo a su lado. Parecía que la habían golpeado con ella.

—¿Vio entrar o salir a alguien por la terraza?

—No, no vi a nadie.

—«No puede ser. Tampoco han visto a nadie entrar o salir por la puerta de la biblioteca. Tiene que haber otro modo de acceder».

—¿Y normalmente se queda en la terraza de la biblioteca antes de ir a dormir?

—No, suelo salir al balcón de mi habitación, pero hoy, me apeteció quedarme aquí.

La señora Gardner permanecía en el suelo tapada con una sábana, ya manchada por la espesa sangre, a la espera del levantamiento del cadáver.

Shery, que, así se llamaba la señora Harper, miraba constantemente el cuerpo de la fallecida mientras relataba lo sucedido. Beatrice que se dio cuenta, le ofreció una bebida caliente y la acompañaron a su habitación.

Hicieron un barrido de la habitación en busca de pruebas y una vez más, nada con lo que atrapar al criminal. A excepción de una huella de una pisada en la sangre de la víctima que indicaba que el asesino llevaba un calzado con punta y sin dibujo. Algo que ya sabían.

CAPÍTULO VIII

Beatrice Fouller se levantó por la mañana. Le dio un beso a su marido, que todavía dormía y se fue a preparar el desayuno.

Su marido que se había despertado se acercó por detrás y la cogió de la cintura, dándole un cariñoso abrazo.

—¿Qué tal?, ¿cómo te fue la noche?

—Uff, mejor que ni te cuente.

Su marido le dio otro beso y se fue al baño a arreglarse. Mientras se lavaba los dientes comentaban los detalles más intrincados del caso Shaton.

—¿Parece un caso difícil no? —. Le decía Harry mientras se secaba la cara.

Beatrice terminó de poner el desayuno en la mesa de la cocina y se sentaron a desayunar.

—Es un caso muy difícil. Hay muchas contradicciones.

—Como qué.

—Por ejemplo, las víctimas no tienen conexión alguna las unas con las otras.

—¿Y algún conocido en común?

—Ni si quiera eso.

Por otro lado, los crímenes, son totalmente distintos, no siguen un patrón, pero ya son tres. Y no sólo eso, sino que se lleva objetos de las víctimas. Más propio de un depredador sexual.

—¿Qué objetos se ha llevado? —. Preguntó Harry mientras le daba un bocado a la tostada.

—De la primera víctima se llevó un pañuelo de cabeza, de la segunda, según su familia, le faltaba un alfiler de corbata de oro que le regalaron para uno de sus aniversarios y a la señora Gardner, le quitó las joyas que llevaba en el momento del crimen.

—¿Tienes algún sospechoso?

Beatrice le dio un sorbo al café con leche.

—Un sospechoso fiable no.

—Hay algo muy raro. El asesino forcejeó con la segunda víctima, lucharon, pero estuve el domingo por la mañana observando a todos los varones que asistieron al bingo, porque hacen bingo todos los domingos por la mañana —, le aclaró, — y no había nadie con golpes o arañazos o cualquier otro indicio de lucha —.

—¿Se podría haber maquillado, y así disimular cualquier moretón?

—¡Claro! Podría ser.

—¿Y qué piensas hacer?

—Por el momento, poner vigilancia en la residencia, pero eso no se puede eternizar. Tenemos que atraparlo.

Terminaron de desayunar, y recogieron la mesa. Harry cogió su chaqueta, su maletín, se despidió con un beso y se fue a trabajar. Beatrice tenía todavía que repasar unas notas antes de ir a comisaría.

Estaba dándole vueltas al asunto, cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Beatrice, soy Mellows, después de hablar con la familia de la señora Gardner, creo que tenemos un posible sospechoso. Se llama Luis Andrews Gardner, es su sobrino. Al parecer tiene serios problemas económicos con lo que se beneficiaría con su muerte. Hemos investigado un poco y es jugador compulsivo y debe mucho dinero a las mafias del juego. Parece ser que había sido amenazado de muerte si no devolvía el dinero. La semana pasada recibió una paliza que lo mandó al hospital y se negó a denunciar.

—¿Lo habéis ido a buscar?

—Sí, lo están trayendo a la comisaría en estos momentos.

—Muy bien, voy para allá.

Beatrice colgó el teléfono y salió del domicilio.

CAPÍTULO IX

—Señor Andrews. Pase y siéntese por favor.

—Yo soy la inspectora Beatrice Fouller y él es el detective Anthony Mellows. ¿Sabe por qué está aquí?

—Por el asesinato de mi tía. ¿Tienen algún sospechoso ya?

—Estamos en ello.

—Señor Andrews, tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Claro.

—Lo hemos investigado. Sabemos que tiene usted problemas económicos. Debe dinero a gente muy peligrosa y sabemos que visitó a su tía el mes pasado para pedirle dinero.

—¿Qué pasó, no se lo quiso dar, y en su desesperación la mató?

—¿Cómo?, pero ¿qué dicen?, ¿se han vuelto locos?, yo nunca haría daño a mi tía.

—Usted era uno de los beneficiarios de la herencia de Melisa Gardner. ¡Entiéndanos! Con su muerte usted hereda y se acabaron los problemas.

—Eso es ridículo.

—¿Dónde estuvo usted el viernes 2 de octubre a la una y media de la madrugada?

—Durmiendo, en mi cama.

—¿Puede alguien corroborarlo?

—Estaba con mi mujer. Ella se lo podrá confirmar.

—Espere un momento. En seguida volvemos.

Un detective observaba su conducta mientras estaba solo. Parecía nervioso y afectado.

Hablaron con la esposa de Luis Andrews y confirmó la coartada de su marido. No tenían nada.

Volvieron a la sala de interrogatorios.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño a su tía? ¿Tenía algún enemigo?

—No que yo sepa.

—¿Cómo era su actitud cuando fue a verla?, ¿se mostraba nerviosa, preocupada por algo?

—No, estaba como siempre. Se alegró mucho de verme. Ella —hizo una pausa— ella era una persona muy risueña.

En ese momento se le vino a la mente la miserable fantasía que tuvo cuando fue a pedirle dinero y se entristeció. Rompió a llorar.

—Bueno, eso es todo. Puede irse. Lamentamos su pérdida.

—Gracias.

El señor Luis Andrews se marchó apesadumbrado.

—Pues estamos como al principio —. Dijo Anthony Mellows.

—No parece que busquemos a alguien con un motivo personal. Esto está siendo muy complicado. No puedo creer que no tengamos ningún sospechoso.

Bueno, haremos lo siguiente. Vamos a poner agentes de incógnito en la residencia. Los haremos pasar por trabajadores.

Mañana por la mañana quiero que esté aquí todo el equipo. Asignaremos los puestos y prepararemos la estrategia.

—Sí, inspectora Fouller.

A la mañana siguiente, con todo el equipo reunido, trazaron un plan. Vigilarían día y noche la residencia. Con esto esperaban atrapar al asesino antes de que volviera a actuar.

Una camarera de pisos, un barman, una botones, un recepcionista, un trabajador de la limpieza y una enfermera fueron los puestos escogidos para asegurar la seguridad del Centro. A parte de los agentes de uniforme que vigilaban los alrededores.

El asesino bajó las escaleras con toda parsimonia. Se sentía a salvo. Nadie podría identificarlo como el culpable.

—Buenas noches, Johnny. —Llevaba una placa en el pecho con su nombre. Todo el personal las llevaba.

—Buenas noches caballero. ¿Qué le sirvo? —. Le preguntó el agente infiltrado.

—Un Martini seco, por favor.

El asesino buscaba una nueva víctima.

—Buenas noches ¿Cómo usted por aquí? —. Lo saludó un residente.

—Buenas noches, veo que hay baile.

—Es un concurso. Se baila por parejas. Hay premios muy sabrosos. Esta vez es un viaje a Ibiza durante una semana con todos los gastos pagados.

—Parece interesante. A lo mismo me animo algún día.

—¿Y usted participa?

—Bueno, yo, es que, no sé bailar. Pero me gusta verlo.

Al asesino se le veía distraído, de modo que el residente se despidió cortésmente.

—Le dejo con sus cosas. Ya nos veremos por aquí.

—Claro, cuando quiera.

La noche estaba tranquila. No pensaba actuar con todo lleno de policías. Se tomaría un descanso.

Aprovechó para hacer una ronda por la residencia y ver quién sería su próxima víctima. La cosa estaba fácil, cualquiera podría ser el desafortunado.

Los pasadizos secretos daban a unas habitaciones en concreto, no recorrían toda la mansión. Se fijó en uno que se alojaba al otro lado de una de las puertas secretas. Se detuvo a hablar con él para indagar un poco en sus costumbres, asegurarse de que era el candidato idóneo.

Se hizo amigo de él, se tomaron unas copas y el hombre un poco perjudicado le habló de cosas más íntimas. Había trabajado con grandes estrellas. Había tenido una carrera exitosa y echaba de menos el trajín de cada día. Ahora, ya jubilado, se aburría bastante. Los concursos de baile lo sacaban un poco de la rutina.

Le confirmó la habitación en la que pernoctaba. El asesino se mostró muy amable y conversador. También le detalló aspectos personales, totalmente inventados. Costumbres afines, hábitos, gustos, debía empatizar con él para sacarle información. De esa forma supo la hora a la que era más vulnerable.

Al cabo de una semana, los agentes uniformados se retiraron, pero los de incógnito seguían con su trabajo.

El asesino no sabía que había agentes infiltrados. Y decidió retomar su rutina.

CAPÍTULO X

El homicida se paseaba por los pasadizos secretos. Se paró detrás de la pared de la habitación de la víctima escogida. Abrió una mirilla que por el otro lado eran los ojos del cuadro de la monarca Isabel II, miró a un lado y a otro.

Entró en la habitación por la puerta oculta. Escuchaba el agua de la ducha. Esperaba sorprender a su víctima. De pronto el hombre sale de la ducha, había terminado. Escuchó un ruido. Asomó la cabeza por la puerta y vio una sombra. Inmediatamente empezó a gritar atemorizado. El asesino se abalanzó sobre él, golpeándolo en la cabeza. Empezó a acuchillarlo. El hombre gritaba como un condenado mientras se protegía con las manos de la cuchilla afilada que blandía su atacante.

—¡Socorro! —. Gritaba con desesperación la víctima.

Los gritos llegaron al pasillo donde se encontraba una de las detectives infiltradas como camarera de pisos que, rápidamente se encaminó a la habitación. Abrió la puerta con la llave maestra y el asesino se vio sorprendido antes de poder acabar con su víctima. Hubo un forcejeo con la agente de policía. El asesino le dio una puñalada certera en el costado dejándola fuera de juego, aprovechando para salir de la habitación por la puerta oculta sin que le viera.

La habitación era un mar de sangre. Un cuerpo delante del baño y el otro delante de la puerta abierta de par en par. La agente que había conseguido salir al pasillo a pedir ayuda, perdió el conocimiento. El hombre tirado en el suelo, sin conocimiento también, se debatía entre la vida y la muerte. Tenía múltiples cuchilladas defensivas en las manos. El pulmón había sido perforado por la larga hoja del cuchillo y recibió laceraciones a lo largo de todo el torso, una en el cuello.

Llegaron los compañeros de la agente. Sangraba abundantemente. Pidieron refuerzos y el hotel se volvió a llenar de policías buscando por todos los rincones del hotel. Esta vez trajeron perros policía que olfateaban sin descanso.

La búsqueda resultó infructuosa. Los agentes estaban frustrados, no conseguían dar con el criminal. Al cabo de tres horas se retiraron y volvieron a dejar policías en todo el perímetro del hotel.

No se lo explicaban.

La persona atacada era un guionista-adjunto que había trabajado en Hollywood con Rodolfo Valentino, Dolores del Río, Grace Kelly y Ava Gardner. Y ahora, a sus sesenta y nueve años, se debatía entre la vida y la muerte.

La agente herida fue operada de urgencia. Salió del quirófano con pronóstico reservado.

Buscaron huellas y cabellos por toda la habitación, hicieron un inventario de todos los objetos que poseía la víctima, bajo luz negra buscaron sangre del atacante. Sabían seguro que no encontrarían nada.

La inspectora Beatrice Fouller, por una corazonada, se dirigió a la biblioteca nacional británica. Rebuscó entre sus archivos los planos e historia del hotel Shaton.

Descubrió que en origen la mansión perteneció a un acaudalado noble que hizo fortuna comerciando con el Nuevo Mundo, Sir Lord Russell, Conde de Hertford.

Vivió en la mansión con su mujer y sus hijos hasta mil novecientos veinticinco. La bancarrota de la familia hizo que lo vendieran a precio de saldo a un empresario incipiente con ganas de fortuna.

El antiguo propietario era un apasionado de la arquitectura palaciega del siglo XVII y mandó construir su mansión con pasadizos secretos que comunicaban diferentes habitaciones del complejo entre sí. Lo malo es que en el plano no figuraba la ubicación de esos accesos. Supuestamente, sólo el propietario y su familia sabían dónde estaban ubicados. Encontrarlos no iba a ser tarea fácil.

Mientras tanto, en el hotel, la gente huía despavorida. Se formaban largas colas delante de la recepción para devolver las llaves y demandar indemnizaciones. Los botones estaban sobrepasados de trabajo, decenas de maletas esperaban a ser trasladadas a la media docena de taxis que esperaban en la puerta.

El director de las instalaciones estaba reunido en su despacho con el detective Anthony Mellows. El director estaba fuera de sí.

—¡Esto me va a suponer la ruina! ¡Necesito que me garanticen la seguridad de los huéspedes! ¡Se están yendo en tropel! —. Decía mientras se paseaba nervioso de un lado a otro de su despacho.

Antonhy escuchaba con frustración las quejas del gerente, pero era difícil garantizar esa seguridad, cuando el asesino seguía suelto, sin pistas de quién podía ser y sin tener ni idea de cómo entraba y salía sin ser visto. Era todo un enigma.

El director estaba cada vez más cabreado. El detective intentaba tranquilizarlo, pero no podía, la situación se había vuelto insostenible.

—¡Si no hacen algo inmediatamente, denunciaré a todo el cuerpo de policía por ineptos!

—Por favor, señor Lennox, tranquilícese...

—¿Qué me tranquilice? ¡y un cuerno me voy a tranquilizar! ¡Ese cabrón me va a llevar a la bancarrota! ¡Hay que cogerlo ya!

—Hacemos todo lo que podemos señor.

—¡Pues no es suficiente! Y ahora por favor, me gustaría estar solo.

El director se sentó en su sillón rotatorio de piel y le dio la espalda al detective.

El detective salió del despacho cabizbajo. No había sido un encuentro fácil.

CAPÍTULO XI

Un centenar de policías se desplegaron por el Shaton para buscar entradas secretas con la esperanza de dar con el asesino. No era una empresa fácil, el hotel medía unos cuarenta mil metros cuadrados, más diez hectáreas de jardín.

Empezaron por la habitación en la que se había cometido el último ataque. Miraban cualquier resquicio en la pared, alguna palanca activadora de algún mecanismo. Movían objetos, palpaban con mucha atención todas las superficies.

En una consola colocada debajo de una de las ventanas había un par de candelabros decorativos. Uno de ellos no se movía. Creyeron haber dado con un mecanismo. Probaron vela por vela a ver si alguna se desplazaba, la última se deslizó hacia atrás, sonando al mismo tiempo un crujido en la pared.

Se abrió una compuerta. Todos se miraron. Creyeron estar más cerca de atraparlo. Entraron en la galería. A mano derecha había un pequeño recoveco, no parecía que diera a ninguna parte de modo que se adentraron en el túnel. Se veía muy antiguo, con paredes de piedra fría y húmeda. Era bastante largo. Bajaron unas escaleras. Justo en frente había una pared y nada más. Los agentes estupefactos, ahora tenían que averiguar dónde estaba la siguiente abertura. Les llevó un tiempo. Una agente pisó accidentalmente una losa del suelo con una inscripción en latín “apotheca”. Al momento se abrió la pared de piedra y entraron. Estaban en la bodega del hotel.

Allí no había nada fuera de lo normal, tan sólo los valiosos caldos que se habían ido macerando en cubas de madera a lo largo de los años. Y botelleros infinitos llenos de botellas polvorientas.

Sólo se podía salir por la cocina, después de subir unos pocos peldaños de escaleras.

Si el asesino hubiera escapado por ahí, alguien lo habría visto. O hubiera sido captado por las cámaras y eso no ocurrió.

Vuelta a empezar ¿Habría alguna otra salida por la bodega? ¿Y el recoveco?

Todos los agentes buscaban sin descanso túneles secretos. Pero eso les iba a llevar unos cuantos días, por no decir semanas.

Mientras tanto, los pocos inquilinos que se quedaron en el hotel abrían bien los ojos por si veían algo sospechoso.

Los agentes infiltrados se duplicaron, y por un tiempo el asesino no volvió a actuar.

La tranquilidad volvió al lugar. Los residentes empezaron a despreocuparse. Las medidas de seguridad disminuyeron y aunque no habían encontrado al criminal, no creyeron que volviera a actuar. Puede que la pesadilla se hubiera acabado.

Al cabo de un año, empezaron a volver algunos de los residentes que se habían marchado presas del pánico.

El hotel estaba al setenta por ciento. El director estaba tan contento que decidió celebrar una noche de baile para todos los residentes con barra libre.

La gente estaba encantada. Podían volver a lucir sus esplendorosos vestidos de elegante gasa y sus antiguas joyas.

Los caballeros, a su vez, exhibían sus mejores galas ataviados con esmoquin, repeinados con gomina, y bien perfumados.

Llevaron una orquesta. Las señoras a un lado y los señores al otro. Empezó a sonar la música, un vals de Strauss.

Los hombres se acercaron a las mujeres y tomándolas de la mano las sacaban a la pista de baile. Los vestidos de noche largos con vuelo danzaban a lo largo y ancho de la pista.

Monsieur Pierre estaba apostado en la barra del bar disfrutando del espectáculo cuando se le acercó Sir Charles.

—Buenas noches, Monsieur Pierre.

—Buenas noches, Sir Charles.

—¿Disfrutando de la velada?

—Sí. Ya ve.

Pierre no era muy hablador. Era una persona bastante reservada. Sólo había conseguido abrirse a Miss Dorothy. Había tenido una vida de excesos, había sido promiscuo y no se había comprometido jamás.

Monsieur Pierre había nacido en el año 1890. Tuvo una vida difícil, pero rodeado de amor. De familia humilde, trabajaba en las caballerizas de la Mansión del Conde de Hertford a la

temprana edad de trece años, limpiándolas. El poco dinero que ganaba lo invertía en ahorrar para sus futuros estudios universitarios. Quería ser periodista. Su familia, una beca que consiguió por buenas notas, y su paupérrimo salario eran el sustento de su aprendizaje.

Después de licenciarse, empezó a trabajar en un buen periódico, el Daily Express en la calle Fleet Street, pero para él no era suficiente, quería más, quería riqueza.

Al cabo de un tiempo de duro trabajo, cubrió una noticia política muy importante y su columna fue la más leída. El diario The Times, se fijó en él. Lo contrataron y con el tiempo lo harían socio ejecutivo.

Ganó suficiente dinero como para comprar la Mansión del Conde de Hertford. A él siempre le había gustado la finca y Lord Russell necesitaba el dinero, así que después de un apretujón de manos y una firma, la finca pasó a ser toda suya.

Después de disfrutarla por unos años, se dio cuenta que era muy grande para él solo y decidió convertirla en un hotel para celebridades y hombres de negocios. Durante diez años tuvo mucho éxito. Todo el mundo se quería hospedar en El Shaton. Un servicio de calidad y mucho lujo. Sus concursos de baile eran muy conocidos y se ganaban buenos premios. Pierre por aquel entonces había conseguido su sueño, tener mucho dinero. Ahora que lo tenía se planteaba nuevos retos.

Mientras llegaban esos retos su vida se volvió caótica. Cambió mucho. Salía todas las noches a clubs y bares y otros lugares menos recomendables, coqueteaba con todas las mujeres que podía y las mujeres le correspondían, era un hombre muy elegante y estiloso. Cayó en excesos de drogas y alcohol. Llegaba tarde a las reuniones, no aportaba ideas, se desvinculó física y mentalmente del trabajo, y fue expulsado de la junta directiva del The Times.

Perdió mucho dinero y descuidó El Shaton. Dilapidó prácticamente su fortuna. Perdió su apartamento de lujo y se mudó a una habitación de su propio hotel.

Al cabo de los años El Shaton perdió su clientela más boyante y decidió transformarlo en un Centro de Salud. Alquilaría habitaciones a profesionales del cine y la interpretación y artistas en general jubilados. Un sitio donde pasar sus últimos días.

Desde la habitación de su hotel, Monsieur Pierre decidió volver a probar con el género literario y empezó a darle a la máquina de escribir. Su primer libro tuvo un éxito relativo, pero le permitió vivir desahogadamente, así que se animó a seguir por ese camino. Solo escribió un superventas “Las Vegas, riqueza y muerte”.

CAPÍTULO XII

Kelsie Paige Mc Dowell se mudó a la capital procedente del campo. Era una chica inquieta con ganas de prosperar en la vida.

Después de trabajar como servicio doméstico en varios hogares de Londres, conoció a Pierre en una cafetería de la que era encargada. Ambos se gustaron. Ella lo invitó a desayunar y él la invitó a su cama. Acabó trabajando para él como crupier en el antiguo salón de juegos del Shaton, cuando aún conservaba su esplendor.

Tuvieron un largo noviazgo, aunque él siempre le fue infiel. Ella era consciente de ello. Aun así, se quedó embarazada en seguida. Tuvo un embarazo difícil. Pierre pronto se cansó de las complicaciones de la paternidad y se marchó sin dejar ni una nota.

Kelsie tuvo su hijo ella sola. Ni que decir, que fue despedida del Shaton en cuanto se quedó embarazada.

Cuando su hijo tenía seis años, ella era una madre soltera que vivía de la caridad de sus vecinos, apenas tenían para comer. Con depresión y sin un horizonte esperanzador optó por cerrar todas las ventanas y puertas de la casa y encender el gas.

Se tumbó abrazada a su hijo en el sofá a esperar la muerte. Al cabo de unos minutos alguien llamó a la puerta. Era una vecina que traía algo para que comieran. Al ver que no contestaba nadie pidió ayuda y la policía entró en la vivienda.

Los encontraron a los dos a punto de morir. Se los llevaron rápidamente las ambulancias. Consiguieron salvarles la vida, pero la madre de Alan acabó ingresada en el ala psiquiátrica de un hospital y él fue entregado a una familia de acogida.

El chico estaba triste y se sentía desamparado. Anhelaba los abrazos, las risas, los buenos momentos, aunque fueran escasos, que vivió con su madre. Ella, a pesar de su enfermedad sentía mucho amor por ese niño.

Alan acabó viviendo en un par de hogares de familia más, antes de cumplir la mayoría de edad. Ya podía ir cuando quisiera a visitar a su madre. Que era lo único que le preocupaba y lo que más deseaba en el mundo.

Las familias de acogida habían hecho lo que habían podido con los recursos de los que disponían, pero ninguna le infringió malos tratos.

Llegó al Hospital de Santa Helena, una Institución al cuidado de personas con demencia y trastornos mentales.

Preguntó en la recepción por su madre y le indicaron la habitación.

Se asomó a la puerta, se quedó un rato de pie. Estaba sentada, en una esquina del fondo de la habitación, en un sofá que había vivido tiempos mejores.

Estaba acurrucada, con las rodillas tocándose la barbilla, pensativa, el cabello le había crecido y se le había tornado blanco. La luz que pasaba por las elevadas ventanas, la proyectaba como una persona muy triste.

—Se me partió el corazón.

—Me reconoció al momento. Las lágrimas le brotaban por su pequeña cara redondita. Me abrazó y no quería soltarme. Yo tampoco a ella.

Alan había conseguido un trabajo y tenía una modesta casa a unos kilómetros de Bishopbourne. Así que se la llevó a vivir con él. Con el tiempo Kelsie se iba encontrando mejor, aunque le resultó muy duro. Hubo un incidente en su habitación del sanatorio y su rostro quedó algo desfigurado.

Mientras tanto, Pierre seguía con su vida disoluta y despreocupada. Nunca se hizo cargo de él, ni lo reconoció como hijo suyo. Ni a él, ni a otros muchos.

CAPÍTULO XIII

Estaba nevando. El frío había llegado a la campiña inglesa. La chimenea del Gran Salón estaba encendida. Un grupo de personas tomaba el té delante de ella, sentados en sofás y sillones de piel confortables. Los menos madrugadores todavía estaban en el comedor desayunando. La cocina funcionaba “a todo gas”.

Otros residentes preferían desayunar en la comodidad y privacidad de sus habitaciones. Cada una de ellas tenía un pequeño hogar que mantenía la calidez en el ambiente. Todo presagiaba un día tranquilo y de recogimiento.

Uno de los residentes no se encontraba en sus aposentos. El asesino subió por la escalera de caracol que daba a la azotea del hotel. Con una palanca esperaba el momento adecuado.

Jonathan el encargado de mantenimiento de jardines se encontraba quitando la nieve de la carretera de acceso al hotel. El criminal lo acechaba, seguía sus pasos. Se acercó a cortar los setos que se encontraban delante de los grandes ventanales de la residencia. Notó un temblor. Algo pesado se movía por encima de su cabeza. Alzó la vista y una grandísima gárgola de más de ochenta kilos le cayó encima desde una altura de treinta metros, aplastándolo y salpicando de sangre, vísceras y carne triturada las vidrieras de la biblioteca donde se hallaban todos reunidos.

El pánico se apoderó de los residentes que huyeron en tropel de la sala. Los trabajadores llamaron inmediatamente a la policía. Los jardines del hotel se volvieron a llenar de sirenas.

El asesino se apresuró a quitarse el atuendo negro y el pasamontañas. Lo escondió en una trampilla en el suelo, junto al arma del crimen. Se metió a toda prisa en la cama, simulando estar enfermo y pidió el desayuno al servicio de habitaciones.

Cuando la policía llamó a su puerta, el criminal ya tenía su coartada preparada.

—¿Qué pasa agentes?

—Buenos días. Tenemos algunas preguntas que hacerle. ¿Ha estado aquí toda la mañana?

—¡Claro! No me encuentro bien desde hace un par de días. Estoy muy acatarrado ¿Por qué?

Se había ataviado con una gran y gruesa bufanda. Estaba tapado hasta las orejas. Simulaba limpiarse el moquillo con un pañuelo, mientras atendía las peticiones del agente.

—¿No ha escuchado nada fuera de lo normal?

—No, agente, pero ¿qué pasa?

—Ha habido otro crimen.

—Le tengo que pedir que no salga del hotel hasta que no hayamos hablado con todo el mundo.

—Nada más lejos de mi intención agente. Mi salud no me lo permitiría.

El agente se despidió sujetándose la solapa del sombrero e inclinando levemente la cabeza.

—Gracias por su colaboración.

—Agente...

Los inspectores interrogaron a todo varón que tuviera una complexión como la descrita por la forense.

Subieron al tejado. Estaba claro que la gárgola había sido manipulada. No había sido un accidente ni mucho menos. No hallaron la palanca de hierro con la que la empujó, ni encontraron huellas de calzado, ni cabellos. Nada. El asesino seguía sin dejar pistas de quién era.

La cosa era ya más que frustrante. Iniciaron una investigación a fondo de todos los residentes del hotel, quiénes eran y quiénes habían sido. Pero era una ardua tarea. Había demasiados sospechosos.

Mientras tanto elaborarían un sofisticado plan, pero si no daba resultado, el próximo paso sería cerrar El Shaton como medida preventiva, aunque el gerente no estaba por la labor.

CAPÍTULO XIV

Una nueva residente llegó al hotel. Miss Elizabeth Morgan Bailey. Condesa y amante del séptimo arte y productora de cine semi jubilada.

—Buenos días.

—Buenos días, le respondió uno de los recepcionistas ¿Su nombre por favor?

—Soy la señorita Elizabeth Morgan.

—Oh, ¿Miss Morgan Bailey? Es un placer conocerla. Quiero que sepa que soy un gran admirador suyo. —Le dijo el recepcionista infiltrado.

Se alojó en una habitación al lado de la Suite de Monsieur Pierre, que pasó a ser el primer sospechoso en los crímenes del Shaton.

Tenía que ser su sombra y entablar una amistad con él para sonsacarle información que hiciera que se descubriera. Aunque no iba a ser tarea fácil.

La inspectora Beatrice Fouller, revisó las escrituras del hotel, antaño la mansión del Conde de Hertford, en la actualidad la mansión de Monsieur Pierre ¡era el dueño del hotel! El único que podría saber la localización de los pasadizos secretos.

Había caído la noche, Miss Elizabeth Morgan se encontraba en los jardines del hotel fumándose un pitillo, cuando se le aproximó Sir Charles Bomont.

—Buenas noches encantadora dama. Va a perdonarme, pero no había escuchado hablar de usted.

—¿Puedo presentarme? Mi nombre es Charles.

—Ah, sí. Lo he visto en el comedor. Si me lo permite, parece usted un caballero muy distinguido.

—Muchas gracias, mi lady.

—¿A qué se dedica Sir Charles?

—Bueno me dedicaba. Era empresario. Como usted, un apasionado del cine, según he oído decir.

Comentan las malas lenguas que es usted Condesa.

Ambos sonrieron.

—Sí. Mi familia tenía una propiedad con tierras cerca de la mansión de Lord Russell.

—¿Ah sí? Qué interesante. Presumo de conocer bien estas tierras y la verdad es que no caigo ahora mismo.

—Bueno, quizás estuviera un poco más lejos. —Respondió contrariada.

—Si me disculpa tengo una cita con Monsieur Pierre.

—¿Lo conoce?

—He oído hablar de él.

—¿Como escritor o como hombre de negocios?

—Como ambos.

—¿Qué libro le gusta más de los que ha escrito?

—Pues la verdad que todos me parecieron interesantes, no tengo ninguno predilecto.

—Pero así, a bote pronto. ¿Cuál?

—Uff, qué tarde. Debería irme ya, no quiero llegar tarde, sería una descortesía por mi parte.

—Claro, claro. No le robo más tiempo. No quisiera ser el culpable de su tardanza.

—Nos vemos por las zonas comunes.

—Hasta pronto Miss Elizabeth.

—Sir Charles...

Miss Elizabeth Morgan lanzó la colilla al suelo de mala gana y se dirigió a su cita.

Sir Charles la observaba pensativo, mientras se alejaba hacia la luz del bar-restaurant.

A la mañana siguiente...

Monsieur Pierre la esperaba en el salón de la biblioteca con una copa de Armañac en una mano y un puro Habano en la otra.

—Buenos días. —Dijo Miss Elizabeth.

—Buenos días, Miss Elizabeth. —Le respondió Pierre mientras se levantaba cortésmente de su asiento.

—¿Le apetece una copa?

—Es un poco pronto para mí, pero un cafecito sí que me tomaría.

—Claro ningún problema.

Pierre llamó al camarero.

—Peter, un café para la señorita.

—Ahora mismo caballero.

En menos de cinco minutos Elizabeth tenía su café en el salón de la biblioteca.

—Bueno, y a qué se debe este honor, Miss Elizabeth. —Preguntó Pierre intrigado.

—Oh, llámeme, Elizabeth a secas.

—Claro, Elizabeth ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, estoy recopilando información acerca de su persona, para un artículo para el diario The Times.

—Ah, ¿sí? Trabajé para ese periódico durante unos años.

—Precisamente por eso. A modo de homenaje a todos los ejecutivos que han pasado por su redacción. Pero sobre todo quieren destacar su lado más humano. Un poco como su biografía.

—Me parece una bonita iniciativa.

—¿Y qué es lo que le interesa de mi persona?

—Un poco todo. Su trayectoria vital, profesional.

—Claro, ningún problema.

—Pues si le parece bien podemos empezar.

—¿Ahora? —...vale de acuerdo.

—¿Lo ve demasiado precipitado? ¿Prefiere otro día?

—Ah, no, no, es solo que no me esperaba meterme ahora de lleno en una entrevista. No he preparado nada.

—No se preocupe, la entrevista será breve y no habrá preguntas difíciles, empezaremos con su infancia y cosas así. Pero muy breve.

—Bueno..., si es así adelante.

Pierre dejó su copa en la mesita auxiliar que había entre ellos y dando unas caladas a su puro Habano, se preparó para el interrogatorio. Cruzó las piernas para estar más cómodo.

—Bien, pues usted dirá.

Elizabeth soltó la taza de café y sacó del bolso una libreta, un lápiz y una grabadora de bolsillo.

—Pues si le parece bien, podemos empezar por el año y el lugar de su nacimiento.

—Me parece bien. Nací en el año 1890, en un lugar llamado Snowshill ¿Lo conoce?

Elizabeth negó con la cabeza

—Un paraje verde y frondoso, en lo alto de una ladera...

—Por su expresión diría que fue feliz allí.

—Muy feliz. Aunque era hijo único y no teníamos más que unas cuantas cabras, ovejas y vacas. ¡Bueno, vacas solo teníamos una!, —esbozó una sonrisa—, y aunque nuestra casa era muy humilde, fueron los mejores años de mi vida.

Recuerdo a mi madre a la luz de la lumbre, cardando la lana que después vendería en el mercado y con la que nos hacía la ropa. Éramos muy pobres, pero nunca nos faltó el amor. Nos queríamos mucho. ¡Fui muy dichoso en esa casucha! — Dijo en tono jocoso acompañado de una sonrisa melancólica.

—Teniendo en cuenta los pocos recursos de los que disponía ¿Cuándo decide que quiere estudiar? —, porque también es una historia de superación.

—Empecé a trabajar con trece años, aquí, en este hotel, que antaño era la mansión del Conde Russell. Era una casa opulenta, con molduras forradas con pan de oro, cortinones enormes hechos a mano en todas las habitaciones, grandes lámparas de araña, suelo de

mármol de travertino, que brillaba como un espejo. Los dueños vestían caros ropajes. Tenían dos carruajes muy señoriales, tirados por seis caballos cada uno.

Estas personas tenían garantizadas tres comidas al día, y dinero para caprichos. Podían ir a la ópera, al teatro, yo también quería disfrutar de la cultura.

Todo ese lujo me absorbió, de pronto, quería tenerlo todo. Me di cuenta de que no tenía futuro. Que estaba condenado a una vida anodina y vulgar. Necesitaba estudiar si quería prosperar, de modo que convencí a mi padre y a mi madre para que aportaran algo, aunque fuera poco para labrarme un futuro y el dinero que yo ganara, haciendo horas extras, también lo invertiría en mi educación, sin olvidar a mi familia.

—¡Es increíble las ganas de triunfar que tenía Monsieur Pierre!

—Llámeme Pierre por favor, pero sí, tenía muchas ganas de triunfar. Solo tenemos una vida y lo quería probar todo, quería hacer locuras.

Elizabeth lo dejaba hablar sin interrupciones.

Pierre paró un momento, aprovechando para dar un trago a su Armañac.

—¿No la estaré aburriendo?

—No, no, para nada.

—¿Cómo era su relación con los dueños? ¿Llegó a intimar con ellos? Al ser usted tan joven, he pensado que quizás le llegaran a coger cariño y lo dejaran corretear por la finca. Descubriendo quizás, no sé, particularidades de la mansión como, por ejemplo, pasadizos secretos.

—Señorita, ¿es que acaso insinúa algo? —Le dijo un poco molesto.

—¿Me está acusando de algo?

—No, no, Monsieur Pierre. En absoluto. Perdóneme si le he molestado.

—Es solo curiosidad periodística. Ya sabe de lo que hablo. Usted también ha sido periodista.

Pierre no acababa de fiarse de esa mujer que apareció de pronto y que no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

—¿Así que, pasadizos secretos? No, yo no sé nada de eso. Ojalá, entre nosotros, sería tan apasionante...

—Sí, ya lo creo.

—He estado en la biblioteca nacional leyendo acerca de la familia de Lord Russell y parece ser que todos sus descendientes fallecieron, un hijo perdió la vida en un accidente de carruaje. El carruaje volcó al ir a demasiada velocidad en una curva y le cayó encima, aplastándolo y muriendo días más tarde en el hospital y la chica, la otra descendiente murió de escarlatina.

¿Tiene idea de quién compró la propiedad? Porque no aparece el contrato de compra-venta en el Registro de la Propiedad.

La inspectora Fouller, hizo una copia de ellos antes de que Pierre moviera sus hilos para hacerlos desaparecer. Beatrice tenía un topo en el Registro de la Propiedad que la informó del movimiento.

—Pues no sabría decirle.

Pierre intentaba disimular. Gracias a lo que aprendió de la mafia, supo ocultar a base de engaños y manipulaciones todo aquello que lo incomodaba. Y el dinero siempre ha sido un gran aliciente para conseguir lo que uno quiere. No le interesaba que nadie supiera que era el dueño del hotel.

—Bueno, señorita, creo que por hoy ya es suficiente. Estoy algo cansado. Creo que voy a ir a comer y luego me echaré un rato. No me encuentro muy bien.

—Claro, Monsieur Pierre. Disculpe si le he incomodado con alguna de mis preguntas. Es solo trabajo periodístico. Usted ha sido periodista, supongo que lo entenderá.

—Por supuesto, no pasa nada.

—Entonces, ¿podemos quedar otro día?

—Sí claro, yo la llamaré.

—Le dejo mi tarjeta. Llámeme.

Se despidieron con un apretujón de manos.

CAPÍTULO XV

A la mañana siguiente Monsieur Pierre salió del hotel. Cogió un tren y se dirigió a Birmingham. Allí se encontraría con un detective privado que le había recomendado el gerente del hotel. Todo este asunto le iba a suponer la ruina absoluta.

El asesino lo vigilaba de cerca. Simulando leer un periódico lo miraba por encima de las páginas.

Pierre se dirigió al coche restaurant, donde degustaría una ensalada y una lubina a la plancha. Era un hombre de gustos refinados. Al acabar se tomó un té y dos dedos de güisqui con hielo.

El asesino, sentado en la barra no le quitaba ojo.

Llegó a la estación, se bajó del tren y llamó un taxi. El criminal cogió otro taxi y le pidió que lo siguiera con una excusa vana.

Llegó al hotel donde tendría el encuentro en la cafetería del Edgbaston House. Allí lo esperaba Sir Joseph Williams tomando un té con leche.

—¿Monsieur Pierre? —Dijo Sir Joseph Williams levantándose del asiento.

—Buenas tardes. Es un placer. Pero siéntese.

—¿Le pido algo?, ¿qué le apetece tomar?

—Pues tomaré lo mismo que usted.

—¡Camarero!, un té con leche para el caballero.

—En seguida señor.

El camarero volvió con la bebida de Monsieur Pierre.

—Pues usted dirá.

—Verá, es un asunto delicado.

—Soy propietario de un hotel, el Shaton.

—Ah, sí, lo he visto en las noticias. Un feo asunto.

—Sí desde luego. Necesitaría que se infiltrara como un cliente más y descubriera al asesino. La policía no tiene pistas, es más, creo que sospechan de mí. Por suerte no saben que soy el dueño del hotel y quiero que sigan sin saberlo. Tendrá que ser muy discreto.

El asesino se mueve por unos pasadizos secretos que se supone que sólo yo conozco. Pero no sé cómo él también lo sabe. A raíz de todo esto, he hecho que se extravíen los documentos de la propiedad, tanto los planos del hotel como la escritura.

Es imprescindible que no se descubra su tapadera, sólo así podremos dar con el asesino. La mayoría de mis clientes se han ido y los que no se han ido ha sido porque no tienen dónde ir.

Mi reputación y la del hotel están en juego.

—Entiendo. No se preocupe, daremos con ese mal nacido y lo llevaremos ante la justicia.

—Necesitaría hacerle unas preguntas.

—Usted dirá.

—¿Cuándo empezaron los crímenes?

—Pues hace como un par de años. Los crímenes cesaron durante un tiempo. Creíamos que ya había terminado todo, pero luego volvió a la carga. Es algo muy raro.

—Supongo que tiene registros de aquellas personas que entraron en el hotel por aquellas fechas.

—Sí, claro.

—Seguramente sea una de ellas. Necesito que me dé una copia para echarles un vistazo.

—Pero no me entra en la cabeza, son todo gente mayor, ¿cómo iban a tener esa fuerza como para someter a las víctimas? Una de ellas luchó con “garras y dientes” y aun así la redujo y la lanzó por la ventana. Y era un hombre bastante corpulento ¿no cree que el asesino podría ser una persona joven que accediera al hotel por alguno de esos pasadizos?

—Pues no sé. Todo se verá, de momento me infiltraré y observaré tanto a los residentes como a los trabajadores.

—Los trabajadores son gente de confianza que llevan muchos años con nosotros.

—¿Tiene usted algún enemigo?, ¿alguien de su pasado?

—Pues seguramente. A lo largo de mi vida no he hecho muchos amigos que se diga. Pero si ese fuera el caso, ¿por qué no venir a por mí directamente?

—No sé. Una posibilidad, sería que le quisieran ver arruinado.

—Pero para eso tendría que saber que yo soy el dueño del hotel y no lo sabe ni la policía.

El detective se quedó callado por un momento.

—Puede que el asesino lo haya investigado. Incluso podría ser que no tuviera nada que ver con usted. No hay que descartar nada.

—Sea, como sea, espero que esto acabe pronto —Dijo Monsieur Pierre.

Ambos dieron por terminada la reunión y se emplazaron a verse en un par de días.

El asesino los acechaba en frente del hotel con unos binoculares con los que pudo ver el aspecto del detective privado. Inmediatamente cogió un tren de vuelta a Bishopbourne.

CAPÍTULO XVI

Al cabo de dos días, tal y como habían acordado, Sir Joseph Williams se registró en el hotel bajo un seudónimo. Su tapadera, un actor jubilado.

—Bienvenido Sir Joseph, espero que su estancia en nuestro humilde hotel le sea placentera.

—Muchas gracias. —Dijo Sir Joseph agarrándose la solapa del sombrero.

El botones acompañó al nuevo inquilino a su habitación en la tercera planta, la trescientos doce. Esta habitación tenía una compuerta secreta que se accionaba girando uno de los cuadros que colgaban de una de sus paredes. Esto le facilitaría inspeccionar lugares del hotel sin ser visto y tener la oportunidad de dar con el asesino en su propio juego.

Nada más llegar le dio una propina al empleado y se dispuso a deshacer la maleta. Solo llevaba una; no esperaba quedarse mucho tiempo. Atraparía al criminal en menos que “canta un gallo”.

Con toda la confianza, se desvistió y se dio una ducha caliente. Al salir se puso un batín y se sirvió una copa. A continuación, cogió su libreta y su pluma bañada en oro, regalo de uno de sus aniversarios y se dispuso a trazar su plan para capturar al malvado.

Le entró el sueño rápidamente, había sido un día agotador, se metió en la cama y apagó la lamparilla. Dormía plácidamente, sin percatarse que, en la oscuridad de la noche, el asesino lo observaba apostado a los pies de su cama.

La mañana amaneció soleada. Sir Joseph se despertó con ganas de trabajar. Primero desayunaría y echaría un vistazo a los clientes desde su mesa.

Hablaría disimuladamente con los empleados.

Los túneles secretos de los que le habló Monsieur Pierre, los habían clausulado las autoridades. Y aunque intentó abrirlos no pudo. Todavía quedaba alguno que otro que la policía desconocía, como el de la trescientos doce.

Decidió entremezclarse con los residentes para ver si obtenía alguna información.

Al fondo de la biblioteca, pudo ver un grupo de personas muy animado que se reían mucho y parecía que tenían mucho que decir. De modo que se acercó a ellos.

—Buenas noches caballeros. Señoras —, hizo una pequeña reverencia.

—Buenas noches, señor..., — Sir Joseph Williams, a su disposición.

—Vaya, es todo un caballero. No estamos acostumbrados a tales delicadezas por estos lares.

Se rieron los cuatro a la vez. El detective no era de risa fácil.

—Sir Joseph quedó un poco descolocado, mirando a uno y a otro, sin entender lo que pasaba.

—No se preocupe caballero. Sólo es una broma. Se los presentaré —. Dijo Paul.

Dassie, Margaret, Brian y yo me llamo Paul.

Brian:

—¿Qué le trae por aquí? —.

—Bueno, pues supongo que lo mismo que a ustedes, ¡la jubilación!

—¿Ha escuchado hablar del “asesino fantasma”?

—¿Cómo?

—¿Si ha escuchado hablar...?

—No, no, era una pregunta retórica ¿Qué es eso del “asesino fantasma”?

—Hace ya como dos años empezaron a sucederse una serie de asesinatos a cuál más cruel. A mis Dorothy la estrangularon y la expusieron como en un escaparate. ¡Después de muerta la sentó a la mesa de la biblioteca con una revista enganchada en las manos, era terrorífico! Imagínese, con el cuello medio cercenado, y...

Margaret:

—Ya, ya Brian, creo que ya se hace una idea.

Paul:

—¡A Sir Thomas lo tiró por la ventana! Ah, y a la señora Gardner le abrió la cabeza.

Margaret:

—Hubo más víctimas, incluso una agente de policía fue agredida — dijo casi susurrando—
¡Por poco muere!

Después de un tiempo dejó de matar y todo volvió a la normalidad, hasta hace poco.

—¿Y no tienen miedo?

Margaret:

—Un poco. Pero siempre vamos juntos. No nos separamos.

—¿Y por qué no se han ido?

Paul:

—La verdad es que no tenemos dónde ir.

Detective:

—¿Sospechan de alguien?

Dassie:

—Nosotros no, pero apareció el nombre de Sir Charles Bomont en un par de ocasiones, pero la policía lo descartó como sospechoso, ¡a pesar de que le escribió una nota a la primera víctima!, pero negó haberlo hecho.

Detective:

—Ummm, «tendré que vigilarlo de cerca».

Dassie:

—En la nota la citaba en la biblioteca, a altas horas de la noche, cuando ya todos dormían.

—Dijo con tono misterioso.

Detective:

—Vaya qué interesante.

—¿Y ustedes qué creen?

Margaret:

—No sé, como poco es sospechoso. Y que yo sepa, no tienen a nadie más en el punto de mira.

Detective:

—Bueno, voy a darme una vuelta por el hotel a ver cómo es. Ha sido un placer hablar con ustedes.

Margaret:

—Que tenga una buena noche Sir Joseph. Esperamos que le guste, lo que consideramos nuestro hogar y así disfrutar de su compañía por mucho tiempo. —Todos estuvieron de acuerdo.

Detective:

—Buenas noches, señores, señoras. —Hizo una pequeña reverencia.

Se dirigió al café-bar que estaba casi vacío; ya era un poco tarde. Vio a una mujer a lo lejos sentada al piano, cabizbaja, con la melena en la cara y tocando una sola tecla. Una copa la acompañaba. Iba muy elegante, la cena había terminado no hace mucho. El detective se decidió a entrar, se acercó despacio para no perturbarla, al alcanzarla le habló con voz suave, no quería asustarla.

—Buenas noches, señorita...

—Ah, ya me voy, Arthur, apúntame la copa a mi habitación, por favor. Estaba pensando en esos cerdos nazis, en lo que tuve que llegar a hacer para sacarles información primordial para nuestra victoria, no se me van de la cabeza, a cierta edad ya sólo se vive de recuerdos.

—No, no, se equivoca. Yo no soy el camarero. El camarero hace rato que se marchó.

Levantando la cabeza, arreglándose el pelo y tomando un trago.

—Entonces, quién es usted. ¿No será el asesino que viene a matarme?

—No, no, ni mucho menos. Soy un nuevo residente, me mudé ayer mismo y no la había visto por las zonas comunes y es raro porque es usted una señora muy elegante.

A Miss Harper, el maquillaje se le había corrido todo por completo. Miss Dorothy no habría perdido la oportunidad para reírse de ella.

—Sabe... yo la encontré.

—¿A quién?

—A la señora Gardner. Era una escena espantosa. Tirada, allí, en el suelo, delante de la chimenea. Fue horrible. Tenía el cráneo fracturado; la sangre corría lentamente a borbotones.

—Debió ser una experiencia terrible.

—No se imagina, y luego tener que declarar. Yo estaba en la terraza de la biblioteca a pocos metros, y no me enteré de nada, hasta que fue tarde.

—¿Y sabe por dónde entró el asesino?

—La policía dijo que por la chimenea. Había un mecanismo por el otro lado con lo que se abría y por la biblioteca, había que tirar de un libro falso, simulaba un volumen de Charles Darwin “el origen de las especies”,

—¿Y todavía funciona?

—No, la policía lo inhabilitó y selló la chimenea por el otro lado. Ya no se puede abrir.

—Vaya.

Bueno señora Harper, creo que será mejor que me retire a dormir. He madrugado mucho y ahora mismo estoy muerto de sueño.

—Señor... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Sir Joseph Williams, pero puede llamarme Joseph.

—Joseph, sería tan amable de acompañarme a mi habitación, creo que he bebido un poco, y no me veo en condiciones de dar con ella.

—Claro, ¡cómo no!

Sir Joseph cogió la llave de la habitación de la señora Harper y la acompañó a su habitación. Le abrió la puerta, la tumbó encima de la cama, le quitó el bolso de entre las manos y lo colocó en la mesita de noche, le sacó el alfiler del sombrero colocando éste encima de la cómoda y la tapó con la manta que yacía a los pies de la cama.

Al día siguiente tenía pensado hablar con más residentes, entre ellos el “trío maravilla”. Le habían comentado que estaban al tanto de los chismorreos del hotel. Quizás consiguiera una pista. De momento subiría a su habitación a descansar un poco. Había sido un día largo.

Durmió toda la noche de un tirón. A la mañana siguiente después de desayunar subiría a su habitación a inspeccionar el pasadizo secreto del que le habló Monsieur Pierre. Estaba emocionado.

Ladeó el cuadro indicado y se escuchó como el sonido de un crujido que salía de dentro de uno de los armarios. Abrió las puertas y al fondo se abrió una compuerta secreta.

Se quedó sorprendido. Agarró una linterna y accedió al túnel con mucha curiosidad. Estaba encantado y lleno de adrenalina. Aunque era cauto. Sabía que en cualquier momento las cosas se podían complicar. Alumbró al fondo, pero no se vislumbraba el final. Avanzó hacia la oscuridad. Sacó un revólver Colt de su cartuchera, como esperando problemas.

Llevaba cinco minutos caminando, de pronto delante suyo un tramo desvencijado de escaleras lo conducía a una cámara en la que encontró algunos artículos dentro de una caja de madera polvorienta que, a simple vista no tenían ninguna conexión. Un pañuelo de cabeza, unas joyas, de las que se lucen en las grandes galas, un alfiler de corbata de oro y unos zapatos; sin dibujo en la suela y acabados en punta y alguna cosa más.

Lo estaba revisando cuando escuchó un ruido. Provenía del otro lado de la galería. Con el arma en alto siguió el sonido que lo llevó a otro pasillo igual de oscuro. Al final de éste, vio cómo se cerraba una puerta y la luz entraba a través de la obertura.

Aceleró el paso y gritó:

—¿Quién anda ahí?, ¿quién es?

Llegó a la altura de la puerta antes de que ésta se cerrara. Salió al bosque. La claridad le achicó los ojos. Intentó abrirlos poniendo la mano derecha como visera. Creyó ver a lo lejos la figura de un hombre con sombrero panamá y traje chaqueta color claro.

—¡Eh, oiga!, ¿quién es usted?

El hombre se giró y sonrió.

—¡Espere no se mueva!

Haciendo oídos sordos, siguió caminando.

Antes de darle alcance el hombre había desaparecido. Confundido buscó y rebuscó alrededor de los árboles. No podía creer que hubiera desaparecido. Al momento siente un

fuerte golpe en la cabeza y cae al suelo. Mientras está aturdido una gran soga se ciñe a su cuello elevándolo del suelo con violencia.

El asesino ató la soga a una rama quedando Sir Joseph suspendido en el aire, pataleando y luchando por su vida.

—Bájeme de aquí, por favor. Le juro que me voy y no le diré nada a nadie. Por favor...

Sir Joseph Williams apenas podía hacerse entender. Intentaba con todas sus fuerzas separar la soga de su cuello sin éxito.

El asesino lo escuchaba con atención, le gustaba recrearse, estaba lleno de odio. Aun así, le contestó.

—Lo siento Sir Joseph, no es nada personal, estoy acabando y no puedo permitir que me lo estropee todo.

Sir Joseph no dijo nada más. Se quedó parado delante de él esperando a que la vida lo abandonara.

Tardó unos pocos minutos, pero después de unos espasmos se dejó llevar.

CAPÍTULO XVII

Miss Elisabeth Morgan, intentó hablar con Monsieur Pierre para que le concediera otra entrevista, pero no hubo suerte.

Monsieur Pierre estaba demasiado ocupado intentando localizar a Sir Joseph. No podía preguntar a nadie por su paradero porque no quería que los relacionaran y descubrieran que era un detective contratado por él mismo.

Cuando se cansó de dar vueltas por el hotel, decidió entrar en su habitación la 312. Primero llamó, al no responder, abrió con su llave maestra. Revisó toda la habitación y no había nada revuelto. Giró el cuadro y entró por la compuerta del armario. Siguió el mismo camino que Sir Joseph y salió por la misma puerta que él, que por supuesto conocía. Llegó al bosque, caminó un buen rato y no lo vio por ninguna parte. Algo no le olía bien. «¿Lo habría descubierto el criminal y lo habría matado?».

El caso es que no se encontraba por ninguna parte. Se puso nervioso. Pensó que quizás habría descubierto su tapadera.

La señorita Elisabeth lo abordó en el ascensor, quería saber más cosas de él. Pierre no estaba por la labor.

—Por favor, señorita, ahora no. No tengo la cabeza para esto ahora mismo.

—¿Le ocurre algo?, ¿lo puedo ayudar?

—No, lamentablemente no puede. Si le parece dejaremos de momento las entrevistas. Ahora mismo tengo cosas más urgentes.

Miss Elisabeth no quiso insistir. Se bajó en la misma planta que él ya que su habitación era contigua a la suya.

Monsieur Pierre se encerró en su habitación. Estaba muy preocupado. Daba vueltas de un lado a otro. Se sirvió un güisqui. Sudaba profusamente, estaba muy alterado. Se preguntaba qué podía hacer ahora. ¿Cómo el criminal sabría de su existencia?, ¿lo habría seguido cuando tuvo el encuentro con Sir Joseph?, ¿qué significaba eso?, ¿que él era el objetivo? Se sirvió otro vaso de güisqui. Elucubraba en voz alta.

Miss Elisabeth, lo escuchaba con un vaso apoyado en la pared y pegando la oreja. No era muy ortodoxo, pero le permitía saber lo que pasaba al otro lado, más o menos.

Monsieur Pierre no salió de la habitación en lo que quedó de día.

CAPÍTULO XVIII

Una vez al mes se representaba una función en la sala de teatro de la Residencia. Se encontraba en el ala norte. Tenía un gran y ancho pasillo con una alfombra roja que llegaba de pared a pared. Una doble puerta blanca y decorada era la entrada a la fábrica de sueños. A lo largo del pasillo se encontraban los camerinos y una pequeña puerta camuflada en la pared que comunicaba con las bambalinas del teatro.

Milie, Nancy y Cathy, eran las encargadas de la producción de una obra llamada la Ratonera. Algunos de los residentes se habían ofrecido voluntarios para representarla, entre ellos el grupo de detectives amateurs, Dassie, Margaret, Brian y Paul, a los que les encantaban los misterios.

Estuvieron ensayando prácticamente todo el día. Cathy se encargaba de guiarlos en su interpretación en el escenario. Milie sentada en una butaca en la primera fila de la platea, repasaba los guiones. Y Nancy se encargaba de los decorados.

Terminado el ensayo quedaron todos en el piano-bar para terminar de perfeccionar las actuaciones.

Milie se quedó un rato más repasando los guiones. Estaba todo a oscuras, la única luz salía de una pequeña lámpara que formaba parte del atrezzo. Estaba ensimismada en su tarea cuando escuchó un leve sonido que venía de la última fila.

—¿Hay alguien ahí? —Preguntó Milie con un poco de congoja.

Se levantó con la mirada fija en la oscuridad, avanzó hasta la parte de atrás. Agachada había una figura negra que se levantó al verla. Milie gritó a pleno pulmón. El atacante se abalanzó sobre ella y empezó a ahogarla con las manos, ejerciendo una gran fuerza. Milie con los ojos como platos, le miró fijamente a los ojos y le dio una patada con la rodilla en sus partes. Eso le dio tiempo para correr hacia el escenario, subió las cortas escaleras de madera que lo separaba de la platea y allí en el sofá se tiró sobre ella. Calló bocarriba y empezó a estrangularla sin compasión. En ese momento Miss Elisabeth que patrullaba todos los rincones del hotel, pasó por allí y escuchó gritos. Milie pedía auxilio. Miss Elisabeth, sin pensárselo dos veces se levantó la falda; de su liguero sacó una pistola calibre 22 y abrió las puertas de una patada. El asesino se asustó dejando a Milie desmayada en el sofá y salió corriendo por las escaleras hacia el puente del escenario.

Miss Elisabeth que en realidad era la inspectora Fouller le dio el alto. Primero le tomó el pulso a Milie y al ver que estaba bien. Persiguió al asesino.

—¡Alto, deténgase o disparo!

El asesino disparó desde arriba. La inspectora se tuvo que resguardar para que no le dieran las balas que llovían hacia ella.

Beatrice disparó su pistola mientras iba a su encuentro. Al asesino se le cayó un gemelo. Beatrice lo recogió de la rejilla del puente y siguió persiguiéndolo.

El criminal salió por la puerta que daba al pasillo. Cuando salió la inspectora, había desaparecido.

Guardó el gemelo para tomarle las huellas y fue en busca de Milie. Llamó a los refuerzos y vinieron en seguida.

Los médicos se ocuparon de Milie y a la inspectora le tomaron declaración sus compañeros.

Volvieron a comisaria a identificar las huellas, correspondían a Monsieur Pierre. «Ya lo tenemos», pensaron.

Tres patrullas de policía se dirigieron a la Residencia. Llamaron a la puerta de Monsieur Pierre, liderados por la inspectora Beatrice Fouller, que todavía llevaba el disfraz que utilizó de tapadera.

Inspectora Beatrice Fouller:

—Monsieur Pierre, queda detenido por los asesinatos de Miss Dorothy, La señorita Gardner, Sir Thomas Alexandre, el señor Jonathan Jacob, el intento de asesinato de Sir John Brown, el intento de asesinato de la agente de la policía Metropolitana Diana Rhys y el intento de asesinato de la señorita Milie Josephin.

Monsieur Pierre estaba anonadado, no entendía lo que pasaba. Registraron su habitación, un policía lo apartó a un lado para que no pudiera deshacerse de ninguna prueba. Retiraron la cama ya que en toda la habitación no habían encontrado nada, y allí estaban las evidencias de los delitos cometidos, en una trampilla debajo de la cama, las joyas de la señora Gardner manchadas de sangre, el alfiler de oro de la corbata de Thomas, el pañuelo de Miss Dorothy y los zapatos que supuestamente llevaba puestos cuando la mató, manchados de sangre también, incluso la palanca de hierro que usó para lanzarle la gárgola

de ochenta kilos al pobre encargado de mantenimiento, el señor Jonathan, el garrote con el que estranguló a Miss Dorothy y el cuchillo utilizado en el intento de homicidio del señor John Brown y la agente Diana Rhys.

Monsieur Pierre no daba crédito.

—¡Eso no es mío! ¡Yo no lo he puesto ahí! ¡No sé cómo ha podido suceder! ¡Yo no he hecho nada! ¡Soy inocente!

Inspectora Fouller:

—Dese la vuelta por favor señor.

Monsieur Pierre se giró y la inspectora le colocó las esposas.

—Monsieur Pierre queda usted detenido.

Todo lo que diga podrá ser usado en su contra. —Continuó.

Bajaron por las sinuosas y lujosas escaleras a la vista de todos. Los residentes lo esperaban a los pies de las escaleras, para ver cómo se llevaban al criminal.

Los murmullos dieron lugar a increpaciones contra Monsieur Pierre, mientras él repetía que era inocente, a grito pelado.

El director del hotel que estaba allí con todos los demás, se acercó a la inspectora Fouller, mientras lo metía en el coche patrulla.

—Inspectora Fouller, por favor se está equivocando, él no es el asesino, se lo aseguro. Es un error.

—Lo siento, pero todas las pruebas apuntan a él y nos mintió al no decirnos que era el dueño del hotel, con lo que sabía perfectamente dónde estaban todos los pasadizos por los que se movió para cometer los crímenes.

—Pero, pero...

La inspectora Fouller lo dejó con la palabra en la boca.

—Vamos arranque; a la comisaría. — Le dijo a uno de sus subordinados, mientras se montaba en su vehículo.

Medio derrapando por la gravilla, los tres vehículos se marcharon a toda velocidad con las sirenas puestas.

CAPÍTULO XIX

Nada más llegar a la comisaría le tomaron las huellas en el mostrador, le quitaron todos los objetos que tenía y lo llevaron a un cuartito bien iluminado con una gran regla al fondo. Lo colocaron delante de ella y le sacaron la foto de la ficha policial, con el número de recluso debajo de su barbilla.

A continuación, le dieron un mono a rayas horizontales, blancas y grises, una muda de cama y unas toallas, y lo metieron en una celda estrecha, fría y con las paredes desconchadas. Toda su ropa y objetos fueron depositados en una caja que fue a parar al almacén situado en el sótano de la comisaría.

Pasaría la noche antes de que lo interrogaran y lo pudiera visitar su abogado.

La prensa se hizo eco de la noticia. Salía en todos los noticiarios. “El famoso escritor del bestseller “Las Vegas, vida y muerte” ha sido detenido por una serie de asesinatos múltiples en el Shaton”.

Salía en todas las portadas de los diarios con su foto más comprometedor; cuando lo metían a la fuerza en el coche patrulla y fuera de sí.

“No es la primera vez que Monsieur Pierre está en la mira de la policía. Su pasado semi delictivo había hecho que fuera investigado por las autoridades en varias ocasiones cuando se documentaba para su novela, con la que fue super ventas...”. —Se comentaba.

Los periódicos sensacionalistas se cebaban con su pasado y lo condenaban de antemano. La opinión pública estaba escandalizada.

“Un señor con una vida disoluta y proveniente de pastores y agricultores. Sin linaje, sin posición social y ambicioso, celoso de la alta clase social” ¿Qué se puede esperar?”. — Se preguntaban.

Lo llevaron a la sala de interrogatorios. Monsieur Pierre estaba muy nervioso. La inspectora Fouller y el detective Mellows lo observaban a través de una ventana doble. El reo no podía verlos.

Lo querían observar un rato antes de pasar a las preguntas.

Entraron en la sala al cabo de media hora. Monsieur Pierre se subía por las paredes.

—¡Ah, por fin! Todo esto es un malentendido. ¡Alguien me ha tendido una trampa!

—Tranquilícese, Monsieur Pierre—, dijo el detective Melows. —Vamos a aclarar las cosas.

La inspectora Fouller abrió una carpeta de la que sacó una foto.

—Esta es Miss Dorothy después de que la matara.

—Por favor retire esa foto de mi vista. Yo nunca podría hacerle algo así a una persona. Yo la estimaba, era mi amiga, mi única amiga, jamás le habría hecho daño.

—¿Dónde se encontraba usted la noche del 23 de junio entre las doce y la una de la madrugada?

—En mi cuarto durmiendo.

—¿Alguien lo puede corroborar?

—No, estaba solo.

De modo que afirma que no tiene coartada para el asesinato.

Monsieur Pierre se quería morir. No pintaba bien la cosa para él.

—¡Pues claro que estaba solo!, ¿con quién iba a estar? ¡Estaba durmiendo!

De la misma carpeta sacaron la foto de Sir Thomas; todo desfigurado por el fuerte choque contra el techo de cristal y hierro forjado.

Monsieur Pierre hizo un gesto de repulsa. No podía creer que tuviera que ver todas esas fotos. Eran espeluznantes.

—Sir Thomas fue asesinado el 17 de agosto entre las cuatro y las cinco de la tarde. ¿dónde estaba usted a esa hora? —Le preguntó la inspectora Fouller.

—No sé, no me acuerdo. ¡No sabía que iba a tener que recordar ninguna fecha, si no me lo habría grabado en la memoria!

—¿Dónde estuvo la madrugada del 2 de octubre entre la una y las dos de la mañana?

Le sacaron la foto de la señora Gardner.

Pierre sin decir palabra se frotaba la cara con ambas manos. Estaba desesperado. No tenía respuesta a tantas preguntas.

—Señor Pierre, le aconsejo que conteste. —Le dijo Beatrice.

—¡Durmiendo! ¡Estaba durmiendo!

—¿Puede alguien corroborarlo?

Pierre no contestó.

—Sigamos. —Dijo Melows sacando otra foto de la carpeta.

—¿Dónde se encontraba usted el 29 de enero entre las tres y las cuatro de la tarde, cuando mataron al señor Jonathan?

—Salí a dar un paseo por el bosque, para bajar la comida, me sentía pesado.

—¿Le vio alguien?

—No, no me vio nadie.

—¿Entonces confirma que no tiene coartada para su asesinato?

—¡No, no la tengo! Oigan esto es surrealista. ¡Les juro que yo no he matado a nadie!

—Lo siento señor Pierre, pero no nos podemos guiar por la fe. —Le aclaró el detective Melows.

—¿Dónde estuvo la noche del 13 de enero entre las diez y las once de la noche, cuando atacaron al señor John Brown y a la agente de policía Diana Rhys?

Llevaban cuatro horas de interrogatorio. Monsieur Pierre estaba visiblemente cansado. Con ojeras y abatido no le quedaban fuerzas para seguir con el interrogatorio.

Los agentes lo animaron a responder una última pregunta y se podría marchar a su celda.

Le enseñaron la foto del cuello marcado por el intento de estrangulamiento de la señora Milie.

—La miró ya sin interés e insensibilizado. La apartó de su vista de un manotazo. Y poniéndose en pie.

—¡No pienso contestar nada más!,— dijo.

—Ahora no hace falta que conteste, solo tiene que escuchar. —Le aclaró la inspectora Beatrice.

—Tenemos un gemelo que se le cayó cuando me disparó en el escenario del teatro. Tenemos las armas del crimen con las que asesinó a sus víctimas y tenemos los objetos

que les arrebató y los zapatos de punta y sin dibujo con sangre seca de sus víctimas. Todo en su habitación a buen recaudo. Si confiesa, el juez será benevolente con usted. Podrá esquivar la pena de muerte por ahorcamiento.

—¡Quiero un abogado!

Ambos agentes se miraron y dieron por finalizado el interrogatorio.

—Bueno Monsieur Pierre, puede volver usted a su celda. —Aseveró la inspectora.

Llamaron al alguacil y lo devolvieron a su habitación de dos por dos.

El día despuntaba a través de los barrotes de la pequeña ventana. Monsieur Pierre se despertó resacoso, como si hubiera bebido la noche anterior. Tapándose los ojos de la luz, hacía frente a un futuro incierto.

Llegó el alguacil y llave en mano, mientras abría la celda.

—Monsieur Pierre, tiene visita, ha llegado su abogado.

Titubeando y desconcertado.

—¿Mi abogado?

—Sí, venga acérquese dese prisa. Gírese.

Le colocó las esposas a la espalda. Y lo acompañó a una sala cutre rodeada de barrotes con poca intimidad, poco iluminada, pero sin dispositivos de escucha.

El alguacil lo esposó a una fría mesa de metal. Se quedó esperando a que llegara su abogado que había tenido que pasar por un control de seguridad.

Estaba solo en la sala. Había un policía apostado al otro lado de la puerta muy entretenido leyendo un cómic de “The Avengers”.

Por fin, llegó el abogado. Con paso pausado y mirándolo fijamente a los ojos, se acercó a él. Monsieur Pierre se levantó, sonrió levemente y le extendió la mano. El abogado se la estrechó. Un haz de luz penetró por la ventana dejando a ambos hombres a la sombra.

—Monsieur Pierre...

—Señor..., perdone no sé su nombre.

—Mi nombre es Alan, Alan Mc Dowell.

—¿Mc Dowell?

Monsieur Pierre se acordaba de ese apellido.

—Tengo que contarle una historia.

Pierre lo miraba fijamente, desconcertado.

Alan empezó su historia:

—Una chica de pueblo, sencilla, con sueños e inquietudes. Una chica que llegó a Londres en busca de prosperidad. Una chica que por desgracia topó con un sinvergüenza, que la embarazó y abandonó a su suerte. Una chica que enfermó e intentó suicidarse con lo que más quería, su hijo. Una chica que acabó recluida en un psiquiátrico. Un psiquiátrico cochambroso, insalubre con chinches, piojos y otros chupasangres.

¿Se acuerda del nombre de esa chica?

—Kelsy Paige Mc Dowell. —Dijo Monsieur Pierre espantado y balbuceando.

—¡Premio para el caballero!

—Entonces, ¿esto es una especie de venganza?

—¿Has sido tú?, ¿me has tendido una trampa?, ¿tú mataste a todas esas personas?

—No papá, has sido tú, ¿recuerdas? Han encontrado todo tipo de objetos de las víctimas y las armas con las que las mataste, en una trampilla debajo de tu cama.

Y el gemelo que se te cayó cuando disparabas a la inspectora Foulmer, después de intentar estrangular a la pobre Milie. Es tuyo, es tu gemelo y tiene tus huellas dactilares, al igual que la nota que le escribiste.

Pierre no daba crédito.

—¿Quieres saber cómo lo hice?

—Eres un psicópata.

A Miss Dorothy la maté con un alambre, fue fácil atraerla, era demasiado narcisista y egocéntrica, las adulaciones la hacían sentir joven y cada vez quería más. ¡Le encantaba que la adularan! Fue una presa fácil. La puesta en escena del cadáver me enorgullece, me quedó muy bien. Muy natural. Pero por desgracia encontraron su pañuelo y tus zapatos

ensangrentados que, por la huella y la sangre se sabrá que estuvieron en la escena del crimen y no olvidemos el garrote con el que la mataste.

—¿Por qué?, ¿por qué todo esto?, ¿por qué no matarme directamente?

—¡Porque te odio y te quiero ver destruido! ¡Y que sufras encerrado, recluso entre cuatro paredes como ha sufrido mi madre en un psiquiátrico casi toda su vida!

—Lo de la señora Gardner fue un accidente, diré a mi favor.

Dijo de forma displicente.

—Una lástima. Estaba, como se suele decir, en el sitio menos indicado, en el momento menos indicado. O algo así.

—¿Y no te bastaba con dos víctimas? ¿Tenías que matar a más?

—Pues sí. Porque quiero para ti, la perpetua, sin condicional, no quiero que tengas ninguna oportunidad. Eso, en caso de que no te condenen a muerte. Y tu manera de matarlos, la verdad, es que ha sido muy cruel. Has sido muy violento y eso lamentándolo mucho, te va a penalizar. Qué lástima.

Hizo un gesto de conformismo.

—¿Por qué tuviste que matar a Jonathan? Era un trabajador, tenía dos hijos. No hizo daño a nadie. Trabajaba para vivir.

—¡Jonathan, para que veas lo despiadado que eres!

—¿Te estás riendo de mí?

Se abalanzó hacia él y lo agarró del cuello y empezó a apretar con todas sus fuerzas.

Alan se zafó de él sin problemas, retrocediendo un paso. Pierre estaba esposado a la mesa y las esposas no tenían mucho recorrido.

—A Sir Thomas lo tiré por la ventana. El hombre luchó con ganas, pero al final, se creyó Superman. Me hice con un pequeño souvenir que también encontraron en tu pequeño rincón secreto.

—¡Eres un monstruo! —Dijo con una mezcla de espanto y rabia, Monsieur Pierre.

—Sí, un monstruo deseoso de sangre y justicia. Y no pararé hasta que la tenga.

—Pero ¿qué razón podría tener yo?

—Los asesinos en serie no tienen razones.

—¿Asesino en serie a mi edad y por qué ahora? Nadie se lo va a creer.

—Bueno, a falta de otro sospechoso al que investigar, pues...

—Contraté un detective privado y tú lo mataste, lo puedo atestiguar.

—Y ¿dónde está?

—Lo mataste y lo hiciste desaparecer.

—Nadie te creerá, no hay testigos.

—Sí, lo enterré, lo enterré donde nadie lo encontrará jamás.

—Mi gerente. El director del hotel. Andy Lennox, él está al corriente.

—Por desgracia sufrió un accidente. Se cayó por las escaleras y se rompió el cuello. Fue muy desagradable.

—¡Cabrón, hijo de puta, lo has matado!

—¡Como ves..., tú, eres el asesino!

—Si me perdonas, tengo que preparar tu defensa.

—Se lo contaré a la policía, te denunciaré.

—Suerte si te crees que van a creer a un viejo chiflado que ha matado a cuatro personas y lo ha intentado con otras tres. ¿Tu abogado? ¿el asesino? Ja, ja, ja, ja...

Se marchó carcajeándose.

Pierre empezó a gritar improperios contra él. El alguacil que no entendía tanta ira, lo redujo bruscamente. Le colocó los grilletes y lo metió en una celda oscura como castigo, sin ventanas, hasta que se tranquilizara.

CAPÍTULO XX

Llegó el día del juicio, Monsieur Pierre había permanecido encerrado durante un año antes de tener lugar la vista.

El fallo lo otorgaría un Jurado de doce miembros, entre hombres y mujeres. La Sala de lo penal estaba llena, la prensa se agolpaba al fondo de la Sala. La expectación era máxima.

Monsieur Pierre había solicitado otro abogado y le fue concedido. Entre el público se encontraba un compañero de hotel, Sir Charles Bomont, que había ido a ofrecerle su apoyo, sentado en primera fila y algún otro residente.

El muy honorable Juez Dickinson presidía la Sala. La abogada de la Defensa era una señora en la treintena, con un traje chaqueta por debajo de la rodilla, tacones de dos dedos y unas grandes gafas de pasta graduadas. La letrada no tenía mucha confianza y así se lo trasladó a su cliente. La única defensa posible sería, el móvil. ¿Por qué empezar a matar ahora? ¿qué motivos podía tener?

El Fiscal con semblante serio, y en la treintena también, y un traje acorde con su personalidad, tenía en su contra las huellas halladas en la tarjeta, la posesión de bienes de las víctimas, los gemelos que se le cayeron en el tiroteo con la inspectora Beatrice Fouller, un garrote, un cuchillo y una palanca, las armas de los crímenes manchadas de sangre de las víctimas. Y la oportunidad; en el momento de los hechos Monsieur Pierre o estaba solo o desaparecido. Pero, no había testigos oculares de los crímenes, y Monsieur Pierre no presentaba heridas de ningún tipo, teniendo en cuenta que forcejeó con algunas de las víctimas, con lo que se podría generar una duda razonable. En los años sesenta no se conocían las pruebas de ADN, de modo que tampoco lo podían vincular a partir de ellas.

Comenzó el Juicio.

Alguacil:

—Todos en pie. Preside la Sala el muy honorable Juez Dickinson, en la causa abierta por el Reino de Inglaterra contra Monsieur Pierre Gaillard Olivier.

Una vez el Juez sentado, se sentaron todos.

No había testigos de modo que el Juicio se centraría en la exposición de las pruebas y el hecho de que no tuviera coartada para ninguno de los crímenes cometidos.

—Que se levante el acusado. Señora Letrada, su cliente se declara culpable o inocente de los cargos expuestos.

Monsieur Pierre se levantó.

—Inocente Señoría.

—Muy bien, Pueden exponer los hechos al Jurado.

Fiscal:

—A lo largo de la vista les voy a demostrar, que Monsieur Pierre no es lo que parece, — decía mientras se paseaba de un lado a otro del estrado del Jurado — que Monsieur Pierre es un asesino sin escrúpulos que tuvo la oportunidad en todas las ocasiones y que guardaba objetos de las víctimas y ¡las tres armas que se utilizaron para matarlas! y que, en algunos casos, afortunadamente, se frustraron.

También encontramos la indumentaria que utilizó para llevar a cabo sus malévolas y sanguinarias acciones. — Señaló con el dedo al inculpado— Y no olvidemos la huella del acusado ¡impresa en una tarjeta que le mandó a la víctima para atraerla a su trampa mortal!

Les demostraré sin lugar a duda, la culpabilidad del reo. Gracias.

El Fiscal se sentó y cedió la palabra a la Letrada de la Defensa, la cual expuso sus razones.

—Señores y señoras del Jurado. Cuando este juicio acabe, Monsieur Pierre habrá sido declarado inocente de todos los cargos. Porque vamos a demostrar su inocencia más allá de toda duda. Y no me extenderé más. A diferencia de mi coetáneo. — dijo en tono jocoso— Muchas gracias.

Los técnicos de la policía empezaron a desfilar por el estrado de los testigos, aportando las conclusiones y cómo llegaron a ellas.

—Llegó la hora de subir al estrado a Monsieur Pierre—, dijo el Fiscal.

El alguacil se acercó al señor Pierre que había subido al estrado de los testigos.

El acusado puso la mano sobre la Biblia.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios?

—Lo juro.

Pierre se sentó. El Fiscal tomó la palabra. Inició el interrogatorio. Pierre no sabía cómo defenderse, estaba en verdaderos apuros.

Las preguntas se sucedían. El acusado sudaba como nunca lo había hecho. Negaba todas las acusaciones, pero no podía dar fe de su paradero para ninguno de los crímenes.

El Fiscal subió al estrado testimonios de su pasado que no dieron buena imagen de su persona.

El Jurado llegó a escandalizarse con algunas de las declaraciones que aportaron en el juicio.

La Defensa protestó en innumerables ocasiones, pero el Jurado ya había escuchado todas sus declaraciones, aunque no constaran en acta.

Era el turno de Milie, afligida y acongojada, manoseando el pequeño bolso que tenía entre sus manos, detalló con todo detalle el horror que pasó cuando Monsieur Pierre intentó estrangularla. Tardó varios días en recobrar la voz.

Algunos inquilinos del Shaton que se habían acercado a ver la Vista estaban expectantes incluido Sir Charles Bomont.

En un giro inesperado llamaron al estrado a Sir Charles Bomont.

Bomont que no entendía nada miraba al Juez, a la abogada de la Defensa y al Fiscal general. Los tres le dieron indicaciones para que se acercara al estrado y prestara juramento.

Tardó un poco en reaccionar. Prestó juramento, todavía incrédulo.

—No entiendo ¿Por qué estoy aquí?

La abogada de la Defensa, lo tranquilizó.

—No se preocupe, es solo que necesitamos de su testimonio.

—¿Mi testimonio? Si yo no sé nada.

—No pasa nada. Usted límitese a contestar las preguntas.

Bomont no salía de su asombro.

—Señor Charles Bomont ¿Es ese su nombre?

—Sí.

—¿Está usted seguro?

—Claro que sí.

—¿Se alojó usted en el hotel Shaton el 22 de junio de 1960?

—Correcto.

—Al día siguiente, el 23 de junio del mismo año, empezaron a producirse una serie de asesinatos a cuál más terrible. Miss Dorothy fue la primera víctima.

La señora Dorothy cenó con usted esa noche y al día siguiente ya estaba muerta.

Le envió una nota en la que la emplazaba a reunirse con usted en la biblioteca, ¿no es así?

—No, yo no escribí esa nota. Me tomaron declaración y quedó claro que no fui yo.

—Bueno, respecto a eso. Le hicieron escribir una nota con el mismo contenido que la que tenía la huella, que más tarde se demostraría que la huella pertenecía a Monsieur Pierre.

—Sí. Entonces no entiendo la pregunta.

—Usted, escribió esa nota.

—No, yo no escribí esa nota. Me dijeron que la escribió una persona zurda.

—Tiene usted razón, sin embargo, revisando las cámaras de la recepción de cuando usted firmó el registro de su entrada, lo hizo con la mano izquierda. Seguramente no se daría cuenta. Pero ahí se delató, es usted lo que se suele decir una persona ambidiestra. Que utiliza tanto la mano izquierda como la derecha y la nota la hizo con la izquierda para despistar.

—¿Y la huella de la nota? No es mía.

—Ya bueno, eso lo hizo recuperando una huella de una de las copas de Armañac que Monsieur Pierre suele degustar. La recogió sin que él se diera cuenta con un pañuelo, la llevó a su habitación y allí con un poco de celo y polvos negros recogió la huella y la trasladó a la nota, culpabilizándolo.

—Eso es ridículo.

—No tanto.

—Vayamos ahora al asesinato de Sir Thomas. Sir Thomas se encontraba tranquilamente en sus aposentos leyendo un libro cuando usted, apareció de pronto y lo atacó salvajemente. El factor sorpresa hizo que Sir Thomas no pudiera defenderse.

—Y ¿cómo lo hice?

—Entró por el acceso de las estanterías de la biblioteca privada de la víctima, que encierra una cámara secreta que conduce directamente a la habitación en la que se aloja. Habitación que usted mismo solicitó a su llegada al hotel. La 212.

—Y ¿cómo podría yo saber eso?

—Luego llegaremos a ello.

—Entró en la habitación pillando desprevenido a Sir Thomas, se le cayó el libro que leía, se enzarzaron en una pelea. Al ver que Sir Thomas no era presa fácil lo golpeó con un objeto contundente y lo dejó fuera de sí. Tirándolo posteriormente por la ventana.

—Pero ¿se ha vuelto loca?

—Ahora es el turno de la señora Gardner. La señora Gardner se encontraba apurando los últimos sorbos de su copa, ya entrada la madrugada. Cuando usted, señor mío, apareció de pronto por la compuerta de la chimenea de la biblioteca. Ella se asustó y salió corriendo hacia la terraza, pero usted la alcanzó y le atizó con una de las figuras de bronce que se encontraban en la sala, abriéndole la cabeza. Le partió el cráneo. Y murió allí mismo.

Escuchó a la señora Harper que se encontraba en la terraza y huyó por donde había entrado, dejando a la señora Harper atónita ante semejante lúgubre espectáculo e impidiendo que nadie lo viera.

—Yo no maté a la señora Gardner. ¡Yo no he matado a nadie!

—Hablemos ahora de Jonathan, el encargado de mantenimiento. Fingiendo estar enfermo se dirigió hacia la azotea con una palanca. Solo tuvo que esperar que se acercara a los setos que se hallan pegados a la ventana de la biblioteca y con un poco de esfuerzo consiguió lanzarle la gárgola, muriendo éste en el acto. ¡Enhorabuena! ¡Su familia no pudo despedirse de él como Dios manda! El sepelio se tuvo que hacer con el ataúd cerrado. No dejó usted de él nada.

—¡No tengo la fuerza para empujar una gárgola de ochenta kilos!

—No. Pero la estuvo manipulando durante un tiempo hasta que la estatua se desplazó lo suficiente para cuando llegara el momento.

Hay testigos.

—¿Testigos?

—Sí. Unos cuantos inquilinos vieron una figura en la azotea en los días previos al crimen y, pensaron que hacían trabajos de mantenimiento, pero era usted. También vieron al señor Pierre tomando un aperitivo en el mismo momento en que usted manipulaba la gárgola.

Sir Charles Bomont se encontraba en shock.

—Hablemos ahora de John Brown el guionista adjunto y la agente de la policía Metropolitana Diana Rhys.

Entró usted por la puerta encastada en la pared. Sabemos que vigilaba a su víctima el señor Brown mientras se duchaba a través de un cuadro con mirilla.

Luchó con la agente Diana Rhys hiriéndola de gravedad y después se fue por donde había entrado. La descripción de la altura y la corpulencia que nos dio la agente coinciden con usted.

—Soy demasiado mayor para enfrentarme con una Agente bien entrenada.

—No tanto. Más tarde entraremos en detalles.

—Vamos ahora con el ataque cobarde a la señorita Milie Josephin. Por suerte para ella no consiguió su objetivo y acabó enfrentándose a tiro limpio con la autoridad. Dejando caer un gemelo al suelo para inculpar a Monsieur Pierre. Algo sospechoso porque usted no iba vestido con traje. La inspectora Fouller, a la que no esperaba, pudo verle por un segundo antes de que se escapara por el puente del escenario ¡qué pintaba el gemelo ahí! Solo hay una explicación posible. No fue un plan muy bien elucubrado que digamos.

—Parece el guion de una novela. ¡No tiene fundamento ninguno!

—Por último, el asesinato del detective privado Sir Joseph Williams.

—¡No conozco a ningún Sir Joseph William!

—Yo creo que sí.

El mismo grupo de personas que lo vieron en la azotea, lo volvieron a ver arrojando un bulto grande al estanque.

—¡No puede ser!

—Los señores Brian, Paul, y las señoras Dassie y Margaret, presentes en la Sala, y que estarán encantados en declarar, llevaban tiempo observándolo. Sospechaban de usted desde el principio. Esa tarde se encontraban paseando por el bosque y, no por casualidad. Lo vieron con su sombrero panamá, sus zapatos de picado completo en tres colores, un pañuelo ultra planchado en el bolsillo izquierdo y su traje claro a rayas blancas, su favorito. Pensando que nadie lo vería no se molestó en camuflarse como las otras veces. Le pareció divertido que Sir Joseph Williams supiera quién era usted antes de morir.

Cuando lo vieron, ya había cometido el crimen.

Sabía que Monsieur Pierre lo había contratado y lo había alojado en la 312, habitación que posee un largo pasadizo que sale directamente al bosque.

Todas las habitaciones 12 tienen puertas secretas que comunican diferentes lugares de la mansión.

Le tendió una emboscada. Cuando el detective salió usted lo esperaba a una buena distancia, hizo que lo siguiera y cuando menos se lo esperaba, lo aturdió de un golpe seco, le pasó una soga por el cuello y lo colgó de un árbol. Hemos encontrado evidencias en el lugar del crimen. Un reloj de oro de bolsillo con sus iniciales enterrado entre el follaje, que le pasó desapercibido.

Posteriormente descolgó el cadáver, lo envolvió en su propia cortina de baño. Le ató la soga a los pies y le puso un peso muerto para que no flotara. El pobre señor Joseph acabó en el fondo del estanque. Lo hemos dragado y lo hemos encontrado.

—¡No he sido yo! ¡Nunca le he caído bien a esas personas, dirían lo que fuera para perjudicarme!

—Señor Bomont, le vuelvo a preguntar ¿Seguro que se llama así?

Sir Charles Bomont se veía acorralado.

—¿Cómo se llama su madre?

—¿Mi madre? Y eso ¿a qué viene ahora?

—Su madre se llama Kelsie Paige Mc Dowell. Una mujer que mantuvo relaciones amorosas con el señor Pierre, el cuál después de dejarla embarazada se desentendió de ella. Fue despedida de su trabajo que desempeñaba en el antiguo casino del hotel Shaton y fue abandonada a su suerte junto con su hijo, provocando gran sufrimiento tanto en ella como en él, llevándola al intento de suicidio con lo que acabó en el psiquiátrico de Santa Helena y su hijo pasó de un hogar de acogida a otro. Y fue ella quién le habló de las cámaras secretas y su ubicación. Se lo contó el propio Monsieur Pierre una noche que andaba bastante perjudicado por el alcohol y las drogas.

Lo hemos investigado Sir Charles Bomont.

Entonces la abogada se acercó al supuesto testigo. Le quitó el sombrero con ímpetu, le arrancó el bigote falso que llevaba y lo sentenció.

—¡Usted, señor mío, es el hijo de esa mujer, y su nombre es Alan Mc Dowell! Y ha matado a todas esas personas para vengarse de Monsieur Pierre ¡su padre!

Girándose señaló con el dedo al acusado.

—¡Sí, sí, sí, lo hice yo! —Gritaba fuera de sí y a todo pulmón.

—¡Quería verlo destruido! ¡Quería hacerle lo mismo que él le hizo a mi madre! ¡Le hundió la vida! ¡Nos abandonó! ¡Nos condenó a una vida de miseria!

Las personas presentes en la Sala se levantaron a la vez y aplaudieron a lo unísono. En ese momento la abogada Defensora se quitó la peluca y las gafas de pasta. Era la inspectora Beatrice Fouller.

—¡Muy bien señor Alan Mc Dowell muchas gracias por su confesión! Hemos terminado.

La cara de Alan era todo un poema, boquiabierto e incrédulo, no daba crédito a lo que estaba pasando.

El público seguía aplaudiendo, el Juez que no era un Juez, el abogado de la Fiscalía que no era tal, el Jurado y los espectadores. Todos eran actores.

—¡No puedo creerlo! ¡Me han tendido una trampa! ¡Lo pagarás caro Pierre, te lo juro, no te saldrás con la tuya!

El ahora acusado saltó por encima del estrado y alcanzó a Monsieur Pierre, le puso las dos manos al cuello y apretaba con fuerza mientras le espetaba todo tipo de improperios. La

inspectora Fouller le rodeó el cuello con su brazo con fuerza apartándolo del señor Pierre y lo redujo tumbándolo violentamente en el suelo bocabajo y, poniéndole las esposas a la espalda le leyó sus derechos.

Lo levantó con brío, llamó a dos policías de verdad que vigilaban la Sala y se los entregó para que lo llevaran a la comisaría y lo encerraran en los calabozos, a la espera del verdadero juicio.

CAPÍTULO XXI

Monsieur Pierre aliviado, dio las gracias a la inspectora Fouller y a todo su equipo de detectives por su gran labor.

Su puesta en libertad dependía de la confesión del verdadero culpable ya que todas las pruebas estaban en su contra. «Había vuelto a nacer», pensó.

Era un día de celebración y se fue con los compañeros y compañeras de la residencia a tomar una pinta y un aperitivo a un pub.

Pierre estaba exultante e invitó a todos a la primera ronda. Chocaron las cervezas y se felicitaron por la victoria. Había sido un día muy largo. Después de un par de horas de celebración y algo desinhibidos volvieron juntos al Shaton.

Mientras tanto Alan desde la cárcel ejerció su derecho a una llamada:

—Mamá. Soy Alan, no ha salido bien. Estoy en la cárcel. Me tendieron una trampa y he caído como un idiota. Ya lo teníamos y la he fastidiado. Lo siento mucho.

—No te preocupes hijo, no está todo perdido.

Monsieur Pierre subió a su habitación, pero estaba demasiado excitado como para conciliar el sueño. Cogió un albornoz, unas zapatillas de spa y se dirigió al balneario.

Entró en el vestuario, se quitó la ropa, se lió una toalla a la cintura, se puso las zapatillas el albornoz y se dirigió a la sauna. Era una noche tranquila. Pierre suspiró. La parsimonia de las aguas de las dos piscinas iluminadas por pequeños focos le devolvían la calma. Tuvo que pasar por ellas para llegar a la sauna. Estaba solo, ya era bien entrada la noche.

Cerró la puerta, echó agua en las piedras con eucalipto y se sentó. El ambiente empezó a humedecerse y la temperatura subió. Estaba en la gloria, todos sus problemas habían desaparecido. Consiguió dejar la mente en blanco.

En el último piso de la gran mansión se encontraban las habitaciones que antaño fueran los habitáculos en los que se hospedaba el servicio de la gran casa, reconvertidos ahora en el hogar de aquellos residentes que necesitaban cuidados especiales. Donde el servicio sociosanitario cumplía su labor.

Una de las habitaciones, la 412 la ocupaba una señora que desde su traslado había tenido la cara vendada por unas quemaduras de segundo grado, ocasionadas por un incendio provocado por ella misma en su habitación del psiquiátrico de Santa Helena. Las enfermeras se ocupaban de ella, la bañaban, y le hacían las curas necesarias.

Tumbada en su lecho, recostada sobre dos almohadones con la cara vendada, la señora pasaba las horas inmóvil en su cama. No hablaba con nadie. No lo había hecho desde que llegó a la residencia. Pero sí escuchaba. El personal hablaba continuamente de los sucesos acontecidos en la mansión durante los dos últimos años. Así supo del desenlace del Juicio contra Monsieur Pierre y de su paradero ahora.

Recibió una llamada y la enfermera se la pasó dejándola a solas. La llamada la alteró. Hizo sonar la campanilla y la enfermera entró. Colgó el teléfono y la volvió a dejar sola. No le gustaba la compañía de modo que solo entraban para atender sus necesidades básicas y cambiarle el vendaje.

Se levantó de la cama. Salió al pasillo, entró en el cuarto de mantenimiento y se hizo con un martillo y una cuña. Volvió a su habitación. Tiró de un candelabro de pared que había al otro lado del cuarto al lado de un retrato al óleo de la familia Hertford pintado en 1850. Se abrió una trampilla en el suelo donde había unas escaleras largas de piedra en forma de caracol.

Cogió una lámpara de aceite, le prendió fuego y empezó a descender por ellas. Era la única lumbre entre tanta oscuridad. Las escaleras no tenían fin. Tardó unos minutos en llegar a su destino. Abrió una portezuela hundiéndola una de las piedras que había a su derecha. La abrió con cuidado, no quería hacer ruido; era ya muy tarde y no quería delatarse.

Llegó al balneario. El silencio era absoluto, la noche era cerrada. Solo los focos de las piscinas daban un poco de luz al recinto.

Se desplazaba con mucho sigilo. Llegó a la sauna. Pierre estaba dentro con los poros abiertos y sudando la gota gorda. Prácticamente dormido. Se asomó por el ventanuco para

observarlo un rato. Revivió su agravio. El odio rezumaba por todos los poros de su piel. Llevaba mucho tiempo esperando este momento. Pierre no se percató de su presencia.

La señora colocó la cuña entre la puerta y el marco de la sauna y empezó a golpearla, hasta que quedó bien encajada y elevó la temperatura del interior.

Los golpes despertaron a Monsieur Pierre que se sobresaltó. Limpió el vapor del cristal de la pequeña ventana y la vio. Intentó abrir la puerta, pero no podía. Le entró la histeria. La señora lo miraba desde el otro lado.

Pierre le pedía que lo dejara salir, pero ella era inflexible, ni si quiera parpadeaba. Disfrutaba del momento.

—¿Quién eres?, ¿por qué me haces esto?

La señora, se quitó el vendaje. Pierre se quedó helado.

—Tú. Pero cómo, ¿cómo has llegado aquí? ¿qué haces aquí?

El rostro desfigurado al otro lado de la puerta era Kelsie Paige Mc Dowell, su antigua conquista, la madre de su hijo Alan y esa era su venganza.

No recibió ninguna respuesta, sólo una sonrisa de oreja a oreja de satisfacción profunda.

Monsieur Pierre forcejeó con la puerta, pero era imposible abrirla. Empezó a ponerse nervioso, le faltaba el aire.

Pierre gritaba desde dentro de la sauna inútilmente porque allí no había nadie que le pudiera escuchar.

Cada vez se sentía peor; estaba hiperventilando. Kelsie lo observaba desde el otro lado. Él la maldecía mientras se derrumbaba agarrándose a las paredes húmedas de la sauna.

Kelsie pensó que ya era suficiente y se marchó dejándolo solo para morir.

Se retiró a sus aposentos haciendo el mismo trayecto. Subió las escaleras de caracol, cerró la trampilla, apagó la lámpara de aceite, puso el candelabro en su posición, destapó la cama y se metió dentro.

Se colocó el vendaje, tocó la campanilla y pidió algo para comer. Tumbada en la cama, recostada sobre sus dos almohadones se reía a carcajadas.

Al día siguiente, nadie reparó en la ausencia de Pierre, hasta que los servicios de limpieza entraron en el balneario.

Vieron la cuña encajada en la puerta y el vapor saliendo por la estrecha rendija que separaba la puerta del suelo. La retiraron y lo vieron allí tumbado en el suelo, bocarriba, con el cuerpo achicharrado y con la boca abierta en un rictus escalofriante como si hubiera intentado aspirar cualquier pequeña partícula de aire disponible.

fin

